



N° 53

“La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870 – 1930)”

Autor: Jorge F. Liernur.

Octubre de 1994

El Nido en la Tempestad

La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1930).

Pancho Liernur (CESCA / CONICET; IAA / UBA)

Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar, el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa
Si el aéreo castillo viene abajo
Queda la noble lucha del trabajo
La esperanza, el amor, la juventud.

“At home” de Carlos Guido Spano

Primera parte (1870-1910). La prisión de la reina.

1. “Es preciso que la casa sea un nido y un santuario donde el amor tenga un abrigo, la vejez un descanso, la infancia una escuela de virtud, la patria un apoyo y la moral un culto”, reclama uno de los manuales más difundidos en la década del veinte. Casa – refugio, casa – imán, casa – bálsamo o casa – nido, estas metáforas colman las páginas de las revistas para la mujer y de esos libritos de economía doméstica que circulaban durante el período que analizamos. Su expresión más difundida es la fábula del Chanchito Práctico en la que confort hogareño y trabajo se articulan de manera ejemplar.

Pero ¿qué significa este traslado de imágenes de cottages, ranchos, o cabañas de bosques y llanuras a los laberintos metropolitanos?

En estos años Buenos Aires casi ha perdido sus contactos con la naturaleza, de la que solo perviven algunos retazos en las orillas, donde las rutinas obreras se mezclan con destrezas de mataderos, de granjas y de tambos. Mientras tanto, con piedras, fierros, cristales, con ébano y porcelanas venidos de todas partes, está construyéndose el corazón de la metrópolis. A los sobresaltos de otras grandes ciudades, la Capital de la Argentina agrega la prolongada provisoriedad de muchas de sus instalaciones que se

renuevan continuamente: desde los comienzos de su modernización se presenta como una ciudad conmocionada. La estructura ambiente y móvil de la producción y las exportaciones del país acompaña ese andar imprevisible, y hasta avanzado el siglo el empleo estable es infrecuente.

Gastón Bachelard ha pensado las relaciones de la casa con el universo trabajando las imágenes de la poesía en las que aquella se presenta como un refugio cálido y seguro, que con la fortaleza de sus muros nos protege de truenos y vendavales. “¡Sigue, sigue no mas, en tus hazañas, señor Huracán! –se lee en una de las lecturas que se proponían para los niños en las escuelas argentinas-. Nosotros estamos ahora en nuestra casa, al lado de nuestro padre y nuestra madre, y observamos por la ventana las locuras que haces en las calles. ¡Sacude fuertemente nuestras puertas y ventanas! ¡No se han de abrir, pues para que tú no entres, carpinteros y cerrajero han puesto el mayor cuidado!”¹

La casa metropolitana que estamos tratando de comprender debe ser igualmente un refugio, pero frente a la tempestad de la modernización. Su constitución interior no puede comprender si no se la pone en vinculación con el espacio de la ciudad, con esa convulsiva “vida nerviosa” a la que los habitantes debieron someterse para poder sobrevivir. Como los personajes de “Los desorbitados” de José María Cantilo, ellos “eran parte del torbellino general que, confundiendo los valores sociales agitaba ricos y pobres, buenos y malos, en un mismo delirante sensualismo”.

Pero la casa no es sólo un hueco. Es también la unidad en la que si no se realiza con el consumo, se altera con la dilapidación, o se frena con el ahorro el ciclo de producción y distribución de mercancías; y es el mecanismo que sostiene la reproducción de la fuerza de trabajo. Sostiene Emanuel Wallerstein que en el capitalismo histórico el hombre adulto que procuraba el salario era considerado como el que “ganaba el pan”, mientras que a la mujer adulta que trabajaba en la casa se la catalogaba como “ama de casa”. De esta manera este sistema se caracterizaría no tanto por la diferencia de los roles (reconocibles en otros sistemas) sino por la desvalorización del trabajo de la mujer (y de los jóvenes y viejos), a tal punto que “cuando comenzaron a ser compiladas las estadísticas nacionales todos los que “ganaban el pan” fueron considerados miembros de la fuerza de trabajo económicamente activa, mientras que ninguna de las mujeres fue considerada de tal modo” puesto que para la ciencia

¹ “Las escuelas alemanas”; en El Monitor de la Educación Común (MEC); 1899 / 1901, p.1099.

económica la casa es un bulbo opaco cuyas actividades -no necesariamente dedicadas sólo al ocio- no suelen ser consideradas en la elaboración de las rentas nacionales simplemente por no formar parte del mercado, en la “economía doméstica” trabajo y productos no tienen precio, son despreciados². Así, la economía general pasó a ocuparse de un sector de los movimientos de los bienes, mientras que el restante, liberado al ámbito privado, quedó fuera de su interés.

Lo que no significa fuera de toda organización del saber. Políticos, técnicos, comerciantes, diletantes, maestros, médicos, fueron conformando poco a poco una nueva materia: la Economía Doméstica. Se trata de una designación reiterativa en la que dos vocablos griegos –oikos (eco), la casa, y nemein (nomía) su dirección- repican en la domus latina.

La morada, entonces, cumple una doble función reguladora, de los sentimientos y de los recursos. “Trabajando junto a vuestra madre -se recomienda a las niñas- aprenderéis que la dulzura, la paciencia, la bondad son tan necesarias como la economía y el savoir faire, y poco a poco os acostumbraréis a practicar estas virtudes sin las cuales no existe la felicidad en el hogar doméstico”.

Dulzura, paciencia, bondad, comprensión deberán ser las virtudes femeninas por excelencia. ¿Qué fin persiguen estos almíbares?. “No hay pasión que no dañe al organismo -leemos- porque en toda pasión hay emoción y las emociones obran sobre los vasos por intermedio del sistema nervioso. Por eso una emoción viva fatiga y agita los centros nerviosos”. En el comienzo de nuestro arco temporal Pilar Pascual de San Juan indicaba la justa intensidad del amor, necesaria para mantener la cohesión de la unidad doméstica; “pero no del amor que extravía la razón y perturba la inteligencia, sino de ese sentimiento puro, que es hijo del cielo, que une a los hombres entre sí y a todos con el Padre común”. Es la mujer quien debe eliminar todo “exceso” de sentimientos y actuar como receptora o como una suerte de desactivadora de las pasiones en tanto manifestaciones de conflictos. De éste modo “llenará su misión se a una piedad sincera, a una resignación y dulzura toda prueba, reúne las virtudes domésticas tan necesarias para la paz y el bienestar de la familia. Ella modificará las pasiones e instintos de su compañero, le alentará para el trabajo, dulcificará su carácter, consolará sus amarguras, embellecerá su morada, preparará su alimento y su lecho de reposo, le asistirá en sus

² Cfr. Yanovsky, M.; “Anatomy of social accounting systems”, London, 1968 (Trad. Cast. Madrid, 1968)

dolencias y finalmente cerrará sus ojos a la hora suprema y orará después sobre su tumba”.

No se trata solo de “pacificar” el instinto o la rabia. La mujer debe funcionar también como el eje de un sistema de garantía de lo que Lasch³ llama “gratificación diferida”. “En el siglo XIX, -escribe- la esperanza de que el comercio hiciese a los hombres “tolerantes y sociales”, y no ávidos y rapaces, se basaba en gran parte en la institucionalización de la gratificación diferida, de la que debía encargarse de la familia, corazón y alma del estilo de vida burgués”. Filántropos y reformadores progresistas creían que la orientación de los consumos hacia la casa evitaría el individualismo al que naturalmente tendía el sistema capitalista. Sabían que sería difícil subordinar los intereses de los individuos al bien común, pero pensaban que era posible apelar al menos a un egoísmo de mayor contenido “social” e histórico, basado en el matrimonio y en el compromiso con el destino de los hijos. Tras este propósito, el proyecto doméstico laico se cruzaba con viejas normativas religiosas, por lo que no es extraño encontrar formulaciones de idénticas características en el área católica. “Así, bajo el imperio de idea cristiana (...) -se sostenía en “El Católico”- (la mujer) ha alcanzado el dulce privilegio de endulzar las pasiones brutales de los hombres, logrando que éstos depongan su agreste ferocidad; y por último, ha conseguido inmortalizarse en el ideal sublime de la madre de familia, reina y señora de la vida doméstica”⁴.

La “dulzura” y la “paz” que conseguirá la “reina” son los bienes más preciados del refugio. Pero para merecer su pequeño trono ella debe modelar sus tendencias naturales: es que en el fondo se cree que “las mujeres son todas / como las mulas; / yo no digo que todas, / pero hay algunas / que a las aves que vuelan / les sacan plumas”, como canta el sargento Cruz. El precio de su reinado será el recorte de las alas: la represión de sus reacciones y sentimientos, de su “lascivia” y sus “flojedades”, de su “tendencia la mentira”. Deberá modelarse como “un genio dulce, tranquilo, más bien alegre, sin esos cambios bruscos que se traducen en arrebatos de cólera”. Asexuado, pasivo, “genio dulce” se construye aniquilando al “demonio” femenino y por eso se realiza en su ocaso como hembra, como matrona más que como madre; como advirtió Alberdi, “es algo cuando ya no es nada”. El protagonista de “Silbidos de un vago”, de

³ Lasch, Christopher; “The true and only heaven. Progress and its critics”, New York, London, 1991. (Trad. It. Milano 1992).

⁴ El Católico, T.16, La madre de familia. Cit. en Recalde, Héctor; “Matrimonio Civil y divorcio”, Buenos Aires, 1986.

Eugenio Cambaceres caracteriza el afuera y el adentro de la casa como dos escenarios que proponen dos roles a la mujer – actriz; “dos generos opuestos se presentan desde luego al gusto y vocación de la comediente. El teatro serio, cuya escena se reduce a las cuatro paredes de una casa y cuya acción se limita a un hombre que se llama marido y a unos muchachos que se llaman hijos, y la farsa colosal de puertas afuera, cuyo escenario es el mundo y cuya intriga se desarrolla entre mil. En aquel la protagonista se llama matrona, en este mundana (...) ¡Ah! ¡mujeres, mujeres!. Tienen un cielo en su casa y buscan afuera el infierno”.

Sarlo ha comprendido muy bien qué esta contención explica el auge de la novela “pasional” semanal como realización imaginaria de una extraordinaria represión de los sentimientos⁵. Glosando a Ingenieros nos dice que “la pasión sólo aparece cuando el sentimiento amoroso encuentra un obstáculo en su camino. Para que nazca la pasión son necesarias las disposiciones sociales que, en nombre del matrimonio y la domesticidad, la consideran un proceso poco funcional a las comunidades humanas”. El propio Ingenieros había llevado su razonamiento al extremo: “las doncellas que fugan y las esposas que engañan -leemos en su “Tratado del Amor”- no son simples violadoras de la obediencia o de la fe jurada, sino verdaderas rebeldes contra la tiranía social, insurrectas contra la institución misma del matrimonio”.

Según estos manuales, la vida metropolitana parece provocar en el hombre un explosivo cúmulo de pensiones, y si la mujer no hace de ella misma y de la casa bálsamo, él lo tendrá dónde reconstruir una ilusión de armonía “mundo” desmiente cada día. La discreción, el silencio, esa dulzura, son necesarias para que el hombre recupere sus fuerzas morales y “salga de casa con el corazón satisfecho. El recuerdo de la dicha que goza en el hogar doméstico le hará paciente y sufrido para las contrariedades que experimentará fuera”. Y afuera lo esperan la tempestad y la guerra. Carmen Karr de Casarte propone una pregnante imagen de estos héroes y heroínas cotidianos: “la historia, hablándonos de aquellas nobles damas medievales que con sus blancas y suaves manos aprovechaban sobre el pecho de sus caballeros las fuertes armaduras que habían de guardarles del peligro en las batallas, evoca un símbolo de eterna verdad, pues la coraza del alma, para que sea invulnerable, han de estar ajustada por una amorosa mano de mujer. Y solamente cuando ella no ha sabido cerrar fuertemente la armadura cae el hombre vencido”. Topos que recorre la narrativa naturalista de fin de siglo, el

⁵ Sarlo, Beatriz; “El imperio de los sentimientos”, Buenos Aires, 1985.

desastre, efectivamente, acecha a las que no contribuyen a esta eternamente repetida recomposición del alma del compañero. Sarlo lo registra en el análisis de las ficciones semanales de los años 20, y lo corroboran los textos de los manuales. Si luego de sus esfuerzos por conseguir el “pan”, el hombre “no tiene esperanza de encontrar a su regreso sino miseria, sociedad y desorden (...) Y en consecuencia se irrita y exaspera: y supongamos también que en esta disposición de ánimo encuentre un superior, un compañero que le contradiga también; su reprimida cólera estalla y resulta un conflicto de gravísimas consecuencias”. Todavía en 1923⁶ se lee que si una esposa no administra adecuadamente su hogar “el jefe de familia se carece de fortuna tiene que sostener una lucha intensa para obtener recursos y entonces sobrevienen las angustias que pueden conducir a la neurastenia y a la locura, o bien queda expuesto a tentaciones que comprometen su honor”. Y en 1938⁷ continúa enseñándose en la escuela a las alumnas que “una buena hija debe ser artista. Con este fin debe estudiar los hizo en todas sus manifestaciones desde la obra de arte hasta la humilde flor. Las niñas buenas y virtuosas son siempre amables, así mitigan las penas de sus padres, se caen las lágrimas y alejan el odio, rencor, el hastío y la tristeza”.

Se habrá advertido: cuando el esposo regresa al hogar ella está esperándolo. Si ha salido lo ha hecho sólo para alguna corta visita familiar, o para comprar las vituallas cotidianas; afuera la tempestad metropolitana a la amenaza contribuir también su alma. En la consigna de máxima reclusión de la mujer en el interior de la casa confluyen distintos sistemas de ideas.

Lo exige por supuesto el modelo católico de matrimonio, adoptado por el Código Civil. Este modelo determina la doble debilidad, física y moral, de la mujer: la primera porque la incapacita para la lucha externa, la segunda porque la supone fácilmente claudicante ante las tentaciones.

El modelo de mujer burguesa de la primera fase de la modernización, en cambio, la tira recluida para cumplir eficientemente con sus funciones. Esta mujer encontrará su esencia en la producción -su casa y su prole-, y deberá evitar todo exhibicionismo corporal, rémora del espíritu aristocrático. Para esta mentalidad, “es la participación de

⁶ Barrantes Molina, L.; Para mi hogar, Buenos Aires, 1923.

⁷ Aracelli, María; “Ciencias domésticas. Apuntes de higiene de la habitación”; Buenos Aires, 1938.

la mujer en un espectáculo público lo que hiere, porque, como sujeto de exposición, siempre pierde valor como individuo”⁸.

Pero también la incipiente mujer proletaria de, al menos para la mayoría de las organizaciones socialistas y anarquistas, evitar las influencias del mundo externo que, mayoritariamente dominada por la burguesía y el clero, amenaza con debilitar su espíritu de rebeldía social.

Algunos testimonios presentan a esa “prisionera” como el tipo más frecuente de un sector de la sociedad: a fines de la década del ochenta Huret vió que ella “en ausencia de su marido, no sale la calle, o lo hace absteniéndose de ir al teatro, o de paseo, o permaneciendo en su casa o con su familia”⁹. Es verdad que en medio de las obras de salubridad, con sus calles en construcción, su caos de tránsito, sus demoliciones y su aún apenas aprobado (1887) reglamento de construcciones, en el momento en que se hace esta descripción el desorden de la ciudad se parece bastante a las consecuencias de un verdadero huracán. También lo es que cuando Huret mira Buenos Aires, para los sectores pobres que habitaban en los barrios más alejados el transporte no era de fácil acceso. Pero debemos hacer algunas salvedades. Primero: muy pocos vivían en los “barrios alejados”. En el núcleo central, cuya periferia estaba constituida por Barracas, San Cristóbal, Recoleta y Once, residían 404.173 del total de 433.373 habitantes de la ciudad.

Y además: es sabido que mientras la proporción de casas unifamiliares que decía hacia esas periferias, los conventillo, y con ellos los sectores más pobres se adensaban en la zona cercana a la Plaza de Mayo. Según el censo de 1887, de las 116.167 personas así alojadas, unas 50.000 vivían a menos de 15 cuadras de allí. Pero si toda la actividad externa consistía en consumos elementales e imprescindibles, o eventualmente en la piadosa visita hospitales, escuelas u obras de caridad, ¿quién acudía a las 400 (de las 541 tiendas y mercerías), “lujosos establecimientos en los cuales se venden las telas más ricas y las confecciones más costosas de las fábricas europeas y asiáticas”? ¿Quién a los 64 bazares y cristalería “comúnmente lujosas y de mucho capital, (que) ofrece un conjunto selecto de todos los artículos de arte, adorno y fantasía que produce la industria moderna”? ¿Quién a las 70 perfumerías, a las 500 41 tiendas, a los 146

⁸ Armstrong, Nancy; Deseo y ficción doméstica; Madrid, 1991.

⁹ Huret, Jules; “De La Plata a la Cordillera de los Andes”; Parte s/f (circa 1910); cit. en Rodríguez Molas, Ricardo; Divorcio y Familia Tradicional; Buenos Aires, 1984.

restaurantes? Había además 537 “plazas del juego de pelota y baile”, y 131 teatros y nueve circos fijos que atraían anualmente a 1.500.107 espectadores, las más de las veces a presentaciones de variedades, sainetes y otros géneros populares.

No estamos diciendo que para todas, la vida era una fiesta. Mucho menos para las más pobres. Sabemos por ejemplo que el 37.4% de las familias tenían de tres a ocho hijos; y que en el grupo mayoritario de los matrimonios entre inmigrantes italianos (25.006), el 14% tenían entre 5:12 hijos, y tres o cuatro el 25.2%. Por añadidura una mayoría de estas mujeres trabajaba -125.357 sobre 145.998 entre 10 y 100 años, el 85%-. Entre ellas había, es cierto, unas 24,000 que como costureras, cigarreras, modistas, lavanderas o planchadoras lo hacía en sus propios hogares, al menos durante unas horas, pero las restantes ¿no eran arte de la multitud? ¿Tiene sentido entonces imaginar una sociedad atravesada casi exclusivamente por un público masculino, tal como lo sugieren Huret y los manuales? ¿No era en estos años la “reina prisionera” una figura instalada por la censura en el deseo, infrecuente en la realidad? ¿Y no es la ciudad, esta nueva metrópolis cosmopolita, el escenario para la construcción del naciente mercado matrimonial, libre -cuál menos alternativo- respecto de las complejas maniobras tradicionales para la constitución de los acuerdos de parentesco? Como lo descrito Rodríguez Molas, la expansión de ese mercado “va siempre acompañada de nuevas pautas en la vida cotidiana: fiestas organizadas por las familias, bailes populares, excursiones campestres, veladas danzantes, paseos por los bosques de Palermo, corsos de flores, garden-partys en las quintas de Acassuso, Temperley, Ramos Mejía y Lomas de Zamora, verán ellos compartidos...” Es sobre este fondo de “tentaciones metropolitanas” donde Cané dibuja la conocida consigna de reclusión femenina y de guerra que se articula con la representación medieval que citamos más arriba: “nuestro deber sagrado es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido que es hoy la base de nuestro país (...). ¿Quieren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple ofrece campo vasto e inagotable. Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio, cada día, los argentinos disminuimos... Cerremos el circuito y velemos sobre él”¹⁰ En “Quilito” de Carlos María Ocampo el exterior adquiere tonos amenazantes, y el hogar es presentado como una verdadera ciudadela asediada que caerá en manos de la “chusma” si la “niña” cede a sus instintos: “como lobos habían rondado su casa, para entrar a saco en ella

¹⁰ Nerval, Carlos (Miguel Cané); De cepa criolla. Cit. en Zanetti, Susana; “La ‘prosa ligera’ y la ironía: Cané y Wilde”; Buenos Aires, 1977.

viéndola bien guardada, engatusando al cordero de su hija. Ya sabían ellos lo que se hacían: atacaban por el lado más débil, más vulnerable; una vez ganada la hija, la conquista de los padres no era sino cuestión de tiempo. Pero ¡ahí estaba ella, la madre, para velar por todos!”.

El trabajo entonces, pero también la institución del descanso dominical, la difusión de la iluminación nocturna, la constitución de la Policía Federal, el desarrollo del sistema de transporte público, la construcción de nuevos paseos en la Recoleta, Constitución y Palermo, de nuevos teatros, de los hipódromos, suponen la ampliación del lugar ocupado por las mujeres en el espacio público, y su contracara, la reducción del espacio doméstico.

2. A este punto debemos hacer numerosas distinciones. Para reconocer las características generales de nuestro tema hemos recorrido hasta aquí nuestro período por trazas sinuosas y segmentadas. Pero como es obvio las ideas sobre la casa se modifican a lo largo de este tiempo. Y así como no hay una única mujer, una única casa, inmutables, tampoco es único el signo y características de los manuales y las restantes publicaciones. Volvamos al principio.

La mujer de los magazines femeninos o familiares de las décadas del 70 y del 80 parece únicamente interesada en asuntos generales, en la moda o en artículos de belleza. Rara vez se encuentran en ellos menciones al cuidado de la casa. Y es comprensible; la lectura es todavía una destreza de minorías, y para esas minorías la casa es la residencia, un artefacto complejo poblado por familiares extendidos, sirvientes y empleados, y su gobierno es una tarea más del personal. Sin embargo, desde finales de los 70 algunos manuales ya comienzan a circular, y algunos se escriben y editan en Buenos Aires. ¿Con qué objeto? ¿A quién están dirigidos?

Hay que diferenciar primero entre tres tipos de estos libros. Unos son pragmáticas acumulaciones de indicaciones, que parecen dirigidas precisamente a la educación del personal encargado del manejo de las grandes mansiones. Otros, tras la huella de las cartas de Madame de Sevigne, se orientan más bien a forjar la moral de las jóvenes burguesas. Vagamente, las interlocutoras del tercer grupo deberían encontrarse en sectores humildes.

3. Los manuales “técnicos” no fueron escritos en el país. Traducido, o en su lengua de origen, circularon probablemente entre el personal doméstico de mayor rango y con seguridad entre las profesoras de escuela secundaria, las que propugnaban su uso entre sus alumnas.

Versiones clásicas son la “Economía e higiene doméstica” de APPLETON (1888, New York), la “Economie Domestique” de Scheffer y Amis (1889, Paris) y “Les secrets de l’économie domestique a la ville et a la campagne” de A. Heraud (Paris, 1889). Estos libros describen cuidadosa y sistemáticamente las tareas y el vasto universo material de la casa moderna, y tienen el tono neutro del manual profesional. Baste un ejemplo, tomado del segundo, para advertir el tipo de lectora (¿lector?) Que el autor imagina; se trata de la lista de materiales que integran la casa, de los que se describen las distintas sustancias y procedimientos de limpieza: “meubles vernis, acajou, noyer et chêne, noyer et chêne, presque noir, bois d’ébene, bois et marbre blancs, marbres, ivoire, glaces et vitres, gravures, cuivres, suspensions dorées, argenterie, toulz, metal anglais, couteaux, cristeux, verres et carafes, porcelaines et objets vernissés, verres de lampes, talbe, buffet du cuisine, planche á hacher, râtelier a vaiselle, cuivres, fer blanc, fer battu, bouteilles”. Que no se trata de un problema ajeno a los porteños lo refleja muy bien “Vida moderna”, el conocido texto de Eduardo Wilde. El narrador protestáis y contra la complejidad del nuevo aparato doméstico, se ha radicado en un lejano pueblito “por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, El dormitorio o los 20 dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que hubiera vasto. La luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sentirme hasta el pescuezo en los elásticos, el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de los jarrones (...)”. Tan intrincado es ese aborrecible mecanismo que el hijo de un amigo se pierde en sus laberintos: “el pobre niño se había metido en un rincón del que no podía salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, un ánfora de no sé dónde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural, en zinc bronceado. ¡Vaya usted a limpiar una casa asi!”¹¹.

¹¹ Wilde, Eduardo; en Tini y otros relatos; Buenos Aires, 1961.

El manual de Heraud descartó todo artificio retórico. En él están tan ausentes los consejos morales, como los secretos del bordado que suponen un público de damas. No tiene pretensiones científicas, pero ordena su material alfabéticamente con neutralidad técnica, como una colección de enseñanzas prácticas extraídas de distintos autores. La casa es una construcción vasta, aislada, que se supone nueva. Por su segmentación y su sesgo higienista las recomendaciones y descripciones parecen estar dirigidas a construir al “connaisseur” que habrá de mantenerlas más que al operador que las construye. La voz “habitación”, por ejemplo, está dividida en los siguientes paragrafos: “Asséchement et vetilation du sol”, “Dispositions et materiaux propres á prévenir l’humidité du sol”, “Moyen d’assurer si une maison est humide”, “Moyens de chasser l’humidité des maisons”, “Moyen de rendre habitable une maison nouvellement construite”, “Moyen d’assainir les appartements fraîchement peints”, “Assainissement de l’intérieur des habitations” y “Decoration des habitations par les fleurs artificielles”. Plantas, pájaros, artefactos, insectos, sistemas de lavado, de calefacción e iluminación, bombas de agua, nudos, son los objetos que la obra observa, recorrida hasta la obsesión por la preocupación de los procedimientos que garantizan en cada caso una limpieza adecuada. De los elementos abundan las ilustraciones de despiece, con proyecciones en corte y planta, con perspectivas y minuciosas descripciones de detalle en las que se apelan a artificios modernos como las transparencias parciales.

Muy tempranamente, en 1841, Sarmiento había advertido la necesidad de sistematizar, profesionalizar, la tarea de los trabajadores domésticos. Siguiendo el criterio de Adam Smith, concedía al lujo como el máximo valor agregado a las materias primas mediante la artesanía, y pensaba que los consumos de los sectores “acomodados” motorizaban a la economía, “elevando” la condición de los más pobres. El lujo, escribía, “es un canal impetuoso por donde baja la riqueza desde los grandes capitalistas hasta las manos toscas y fuertes que diariamente se ocupan de producir”. Desde esta posición auspiciaba la complejización de la casa, para permitir la incorporación de nuevos usos, nuevos instrumentos, nuevos lugares, nuevos materiales. Y para el manejo de estos elementos modernos se hacía necesaria una educación “profesional”, especializada. En Santiago de Chile “el arte culinario está en manos de cocineras que no saben leer, haciendo esta sola circunstancia, si la señora nos encarga de ello, imposible que se tiene el ensayo de quinientas recetas que traen los manuales de cocina, de fácil y sin ejecución, viviendo las familias acaudaladas a merced del

primer demonio que se llama cocinera, por no saber otra profesión mejor quedarse para vivir”. Sin profesionalización de sus operadores la transformación doméstica se hace imposible, lo que a la larga traba el ciclo de la economía; sin empleados adecuadamente entrenados “las familias ricas no gozan un solo día de felicidad, lidiando con la torpeza, la ignorancia e inmoralidad de criados y sirvientas”, y “malgastan (dinero) en muebles y llaves rotas (...), en porcelana, cuchillos, cristales y jarrones hechos trizas (...) Y en el dinero, alhajas, ropa y otros objetos sustraídos”.

En el censo de Buenos Aires de 1887 figuran 29.870 trabajadores “domésticos”, a los que podrían agregarse otros empleados en servicios externos, con una parte de las 4515 planchadoras o de las 4536 lavanderas. Confirmando la tendencia a la complijización de la casa de ricos, y en consecuencia la necesidad de esos manuales, en el segundo censo nacional de 1895 se nota un cambio importante puesto que el rubro aparece por primera vez discriminado en “domésticos, buscamos, sirvientas, cocineras y niñas”. El 7.3% de los mayores de 14 años en ese momento se ocupa en este tipo de actividades. La posibilidad de lectura de estos libros es alta si se tiene en cuenta que para la misma fecha en Catedral al Norte, el barrio donde más concentradas estaban las familias de la elite, sólo se registra un 11% de analfabetismo entre este tipo de trabajadores. Un 15% eran franceses, y de todos modos la mayoría (71%) provenía de países europeos. Debe distinguirse además que había distintas categorías de personal, que iban desde pinches o criados hasta mucamos, chefs y valets de chambre. Como lo expresan los salarios, las familias preferían contratar empleados de nacionalidad inglesa o francesa para los roles de mayor jerarquía y porque posibilitaban el aprendizaje y práctica de esos idiomas¹².

4. Los manuales para las jóvenes y señoras burguesas fueron comunes hasta entrado el nuevo siglo, y se apoyaban en un gran temor que se hace explícito y adquiere fuerza a partir de la crisis de 1890: la disolución de la familia y la disipación de los bienes como resultado de una pérdida del rol productivo de la mujer. Habiendo dejado el manejo de la máquina de habitar en manos de empleados, y de nodrizas¹³ y amas la crianza de los niños, sin un lugar en los combates del “gran mundo” exterior de los

¹² Cfr. Cárdenas, Isabel Laura; Ramona y el robot; Buenos Aires, 1986.

¹³ Sobre el tema cfr. Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria; Las nodrizas en Buenos Aires, un estudio histórico (1880-1940); Buenos Aires, 1988.

hombres, a la mujer burguesa sólo le queda la frivolidad, por lo que el uso comienza a percibirse como un problema. En noviembre de 1891, la redacción de “El Monitor de la Educación Común” editorializa sobre el tema: “Durante el período delirante de grandezas que precedió a esta oscura noche, la familia argentina olvidada de sus puros antecedentes patriarcales, vio relajados los vínculos amorosos de la disciplina doméstica; el insano afán de elaborar la riqueza como por ensalmo lanzó a padres y hijos en todas direcciones, arrastrados por desesperada en prisión; el éxito debido al azar hizo perder la confianza en la virtud del trabajo; las riquezas improvisadas relegaron al conde las cosas inútiles las ideas de ahorro y economía”. La advertencia parece la contracara de descripciones comunes apenas un par de años antes como la de Martín García Mérou en “Perfiles y miniaturas”, cuando se refiere al ambiente común en los paseos: “se respira en todas partes una atmósfera de bienestar que encanta, las mujeres dejan ver el contorno plástico de las curvas de su cuerpo, ceñido por esa voluptuosa telas espirales, que oprime la carne juvenil como una malla finísima y añaden un nuevo encanto a la gracia felina de sus movimientos. Los corpiños entreabiertos dejan traslucir el suave reflejo de las carnes frescas como un botón de rosa, que reciben por la mañana las caricias de las ondas en que apareció Venus a los ojos estáticos de los amantes de la belleza eterna”.

Gregorio Aráoz Alfaro incluyó en este sector como destinatario de su “Libro de las madres” publicado en 1899 donde alertaba: “¡Cuántas hay que con sutiles pretextos y con la complacencia culpable de esposos y médicos reniegan de su deber de madre (...) Aquí nos referimos (especialmente) a la dama aristocrática, rica o medianamente colocada, que tiene sed de paseos y de diversiones o que se asusta no tanto de la falta de libertad que le impondrá la crianza de su hijo, sino ante todo de que su cuerpo se deforme, de que sus senos se marchiten, y su bella tez se decolora”¹⁴.

En estos años la mujer parece responder todavía a dos modelos extremos: “O bestia de carga, o viste de lujo, como dice Benavente”, resume una conferencista española. Con anterioridad Sarmiento había descrito esta polaridad arcaica en sus reflexiones sobre la mujer y la civilización. Procuraba insertar entre esos polos la nueva figura “moderna”, media, que como veremos enseguida fue construyéndose recién en torno al novecientos. Su análisis refería a la evolución histórica de la mujer y proponía

¹⁴ Cfr. también “La vida del hogar” (“debemos difundir el culto del hogar, del home, para que nuestras damas lo prefieran al culto del paseo de la mañana o a la noche...”) en EH, 15.6.1908.

tres tipos básicos: la mujer salvaje, la mujer bárbara y la mujer civilizada. Ignorante, sometida al trabajo total y a los malos tratos, salvaje es la mujer primitiva, y al describirla Sarmiento parece estar pensando en la versión contemporánea, la compañera del hombre de pueblo, campesino o urbano que describe en el Facundo: ese ser es “el hombre salvaje que lucha incesantemente con la incertidumbre de su existencia, que no tiene hogar fijo, que disputa a las fieras en los bosques la presa que ha de alimentarlo” para quien la fuerza bruta es la cualidad más apreciada. “Dotada de cualidades tiernas que requieren el descanso y un domicilio fijo para que puedan desarrollarse”, frente a esos atributos la mujer es esclavizada y menospreciada. “Todas las cargas pesadas de una vida eminentemente difícil recaerán sobre ella, no obstante su debilidad orgánica, como ya no será considerada sino como una nueva imperfección”. En el polo opuesto de esta trabajadora sin descanso Sarmiento divulga la mujer bárbara, un paso adelante en la evolución del género que había alcanzado su mejor expresión en los pueblos asiáticos para los que la fuerza física no es lo importante. Esta mujer el producto de un clima ardiente que desarrolla “el gusto por la molicie, el lujo y los placeres sedentarios” y por eso sólo “servir a a contentar las pasiones del hombre”. Es difícil no percibir que su figura se inscribe exactamente en el perfil de la dama ociosa a que estamos haciendo referencia. “La educación será perfectamente adecuada a los fines de su existencia; adquirida por ella para realizar más sus gracias naturales, todas aquellas actividades que pueden hacerla más hechicera a los ojos de los hombres, cuya existencia debe embellecer; su industria se ejercitará en todo aquello que pueda deslumbrar a los ojos, o halagar a los sentidos; ejecutará primorosos bordados, sabrá extraer de las flores bálsamos preciosos que perfuman el ámbito que la rodea, ser adiestrada en la danza y en el canto, y en todos los secretos de agradar y de excitar las pasiones del hombre enervado ya por los goces de la molicie. El brillo de los diamantes, de la plata y el oro, añadirán un nuevo lustre a su belleza física, base de su mérito”.

No resulta claro si se condena el derroche en el lujo excesivo o más bien la autonomía de esos signos respecto de sus contenidos, su “frivolidad”. Esto último parece más plausible si se piensa que como alternativa postula a la mujer pensante, compañera y complemento de su hombre moderno, un trabajador de las ideas. Una mujer que excluye más fiel la molicie del tiempo negativo, carente de positividad, del afeite.

Otro matiz del disgusto por el lujo femenino había tenido su manifestación poco antes en Alberdi. A diferencia de Sarmiento, la pase principal de su condena no había sido económica sino política. En sus términos era la democracia el “faro” conceptual que debe iluminar las elecciones estéticas, y proponía que todas las producciones de los ciudadanos, “una moda, como una costumbre, como una institución cualquiera, será para nosotros tanto más bella cuanto más democrática sea en su esencia, es decir, cuanto más sobria, más simple, más modesta fuere, cuanto menos se habrá armado de una pompa insultante a la honrada medianería del común de los ciudadanos”. Para las mujeres recomendaba seguir el ejemplo de aristócratas como la Duquesa de Orleans, de quien refiriéndose a su peinado decía: “ni una peineta, ni una flor, ni una cinta adornaba esa cabeza real que habría podido cubrirse de diamantes. No queremos pedir que las demócratas de América se peinen con tanta simplicidad como las nobles de Europa, pero podemos advertir por este ejemplo que la protección del buen tono y del buen gusto, estriban en la más alta y refinada simplicidad”. Es cierto que quizás con Alberdi hemos retrocedido demasiado a un momento en el que se difundían las sobrias modas inglesas post napoleónicas, pero sus ideales al respecto no parecen haber cambiado en los años que estamos analizando, y son parte del sector entre arcaico y modernista de la cultura argentina que después del noventa comienza construir un republicano “llamado a la sensatez”. Así, en 1901, el manual de Emilia M. Salzá recomendaba: “la señora debe tener, pues, mucho esmero en el vestirse y cuidar los menores detalles de su persona y tocador, que ha de estar desprovisto de afeites y elementos inútiles que gastan el buen gusto y la piel, y que convirtiendo la mujer en una frívola, la alejan de la seriedad que ha de ser su guía y su compañera. Jamás ha de salir la mujer de su habitación sin estar sencillamente arreglada, es decir sin lujo, porque este es el verdadero vicio que conduce a la perdición y a la ruina”. La imagen de Alberdi resuena aún en el manual de Bassi (2ª Ed. 1920): “los verdaderos ricos, los verdaderos nobles, pecan más bien por modestia que por rumbosidad, y si éstos proceden así, mejor es seguir su ejemplo que pretender ostentar un poder económico ficticio, o figurar en un rango social ruinoso que llevará fatalmente al derrumbe”. Volveremos más adelante a esta “aristocracia de la sencillez”.

Puede completarse el perfil de los lectores a las que se dirigen los manuales para las damas burguesas acudiendo al volumen que Aurora Estela del Castaño publicó en 1903 como “Vademécum del Hogar”, y dedicó a su amiga Delfina Mitre de Drago. El

librito está orientado en su mayor parte a proporcionar modelos e indicaciones para la costura. Sus “niñas” debían colaborar en las tareas del hogar porque de lo contrario se abandonaban en el sofá o pasaban el tiempo arreglando su persona. Son frecuentes las recomendaciones para el trato de los sirvientes, y se explica que la economía “consiste en evitar gastos que sean superfluos y en no omitir los que sean de absoluta necesidad”. Al elaborar sus presupuestos, la autora considera bajo un salario de \$250 (frente a los \$90 que podía ganar un capataz del ferrocarril) y cuando a modo de ejemplo se transcribe en detalle una planilla de entradas y gastos del hogar comprobamos que el esposo aporta \$600, \$150 se reciben por una casa en alquiler y otros \$253 ingresan por intereses bancarios. La sirvienta, se aclara, percibe un sueldo de \$85. Como ha sido observado en el caso de Inglaterra, “uno encuentra que mientras estos libros elaboran sobre todas las tareas que se puede llamar deberes domésticos, siguen representando a la mujer de la casa como si aparentemente no tuviera nada que hacer”.

5. El tercer tipo de manuales que circulan en este período se dirige a las mujeres pobres. El universo de estas lectoras va conformándose desde comienzos de la década del ochenta, posibilitado por la escolarización, y para comprenderlo es necesario advertir la perplejidad que va invadiendo a la elite tradicional ante el surgimiento y crecimiento de los nuevos sectores populares urbanos. ¿Cuál es el motivo de esa pobreza?, es su pregunta del millón. Descartada una crítica global al sistema, ¿debe atribuirse a razones raciales? ¿Se origina en condenas bíblicas? ¿O en factores positivos, de clima e historia? Un sector reformista, sabemos, sostiene que los pobres no progresan por no estar educados para la acumulación, porque dilapidan su capital. “El obrero -se afirma- pretende mejorar su situación turbando el orden social despojando al individuo del derecho de dirigir su trabajo y su capital, dando a la sociedad este derecho, por lo cual el sistema se llama socialista”, lo cual sería ruinoso para el país. “Debemos mejorar la suerte del obrero (...) Enseñándole desde los primeros pasos de la escuela el ahorro se retirarán de ella con este hábito y con un pequeño capital que podrán aumentarlo sucesivamente (...). De esta manera en lugar de un destructor de la propiedad habremos formado un propietario”¹⁵. El pobre “es pobre -enseñaba Alberdi cuando explicaba el sistema económico derivado de la Constitución Argentina- las más de las veces porque es vago y holgazán; y no es holgazán por la falta de trabajo sino por la sobra de

¹⁵ Lapuente; “El ahorro como institución escolar” en MEC, 1891, p. 278.

alimentos (...) La dulzura del clima le suple de cobijo y dispensa de construir techos acabados”. La expansión de la propiedad, la construcción de un mercado de trabajo, y la educación debían cambiarlo. Pero los indicios de que esto ocurre son insuficientes, y la educación para el ahorro se constituyen una suerte de obsesión.

Esta obsesión está en el corazón de estos manuales y de las orientaciones educativas. Los reformistas piensan que la condición obrera puede modificarse e imagina una sociedad donde las diferencias sociales deberían ser simplemente cuantitativas entre quienes poseen más o menos capital. “Debemos mejorar la suerte del obrero (...) -indican-. Enseñándole desde los primeros pasos en la escuela el ahorro se retirarán de ella con este hábito y con un pequeño capital que podría aumentarlo sucesivamente (...) De esta manera en lugar de un destructor de la propiedad habremos formado un propietario”. Se trata de demostrar que una progresiva y democrática sociedad de iguales todos están en condiciones de corregir su situación social y de obtener los bienes y condiciones de vida a que aspiran. Si esto no ocurre es porque el mecanismo social y económico se ha hecho extraordinariamente complejo, y no están suficientemente difundidos los conocimientos necesarios para formar parte de él y disfrutar de sus beneficios. Pero poco a poco fue aprendiéndose “que el mal manejo del hogar era causa de un aumento de plagas sociales bajo la forma de miseria, de pobreza orgánica con todas sus consecuencias, de alcoholismo, de vicios torpes, etcétera. Se levantaron estadísticas, se hicieron encuestas, se escribieron páginas y páginas, se visitaron y sometieron a examen los hogares obreros, y el aspecto de miseria sucia y desprolija que se ofreció en todos ellos, ahondó la convicción de que la causa real y evidente de los males señalados era la insuficiencia de preparación en la mujer para llenar sus deberes sociales”¹⁶. “El ahorro -se afirma- es un medio de dominar las pasiones y por lo tanto el camino del perfeccionamiento moral”¹⁷.

La contabilidad estricta se introduce así en la casa, y los manuales presentan con frecuencia modelos de planillas de entradas y salidas de recursos que se recomienda tener siempre al día. Como ha observado Armstrong, “el carácter femenino y el del hogar se convirtieron en uno solo cuando ella tradujo los ingresos de su esposo en los objetos y el personal que formaban parte de su hogar. Tal intercambio puso en práctica de inmediato un contrato económico que ocultó la naturaleza particular de la transacción

¹⁶ Guillén, Clotilde; “Enseñanza de la cocina en la escuela primaria”, EMED, 1908, vol. XXVI, p.187.

¹⁷ Lapuente, “El ahorro como institución escolar” EMEC, 1891, vol. II, p.278.

del hogar (...) (En estas planillas) el valor queda liberado de su fuente en el trabajo humano y las diferencias meramente cuantitativas sustituyen a las distinciones cualitativas del estatus y el rango que mantenían en pie a la antigua sociedad”¹⁸.

Sin formas públicas de previsión social, se insiste en recomendar que siempre, sea cual fuere la importancia de los ingresos, es necesario separar un monto que no ha de gastarse. Y nunca, nunca, comprar fiado un buen ejemplo que todos deberían proponerse: “una familia obrera desearía adquirir una casa en 2170\$m/n. Los esposos procuran reunir la décima parte para obtener un préstamo. La mujer consigue economizar tres cuartos de peso por semana, el hombre deja de fumar y de ir al café realizando una economía de cuatro quintos de peso por semana ¿al cabo de cuánto tiempo reunirán la suma que necesitan?”¹⁹.

Las más diminutas economías son el mecanismo sencillo que permitirá, regido sólo por la voluntad, evolucionar en la escala social. Para eso nada debe perderse: las técnicas de uso de los residuos y los restos se constituyen en secretos hacia el buen vivir futuro. Las telas desgastadas se transformarán en acolchados, almohadones, bolsas, repasadores o ventas; los recipientes o cajones, en muebles; ¿no es el puchero una comida de retazos²⁰? Un manual²¹ propone incluso un “arte de emplear los restos”, al que dedica un capítulo consistente en recetas para reutilizar los sobrantes de carne, papas, legumbres o pescados: “*maison bien tenue, rien n’est perdu; la ménagère et les enfants doivent y avoir horreur du gaspillage*”.

Para que la sociedad armónica y sin conflictos debe ante todo aspirar al perfecto funcionamiento de un artefacto técnico. En los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX las determinaciones fundamentales para un adecuado funcionamiento del artefacto casa provienen del ámbito de higiene mismo, cuyos principios, si bien son extensivos a todo tipo de habitación, se hacen determinantes de primerísima prioridad en las recomendaciones para la habitación popular.

Se recordará que el cinismo tiende a construir todos sus artefactos sobre un modelo, el del hospital, y sobre un postulado, el de la lavabilidad total. Esto supone: suficiente disponibilidad de “aire puro” por persona, apertura a la luz solar, superficies absolutamente lisas y lavables, color blanco, eliminación de telas o por lo menos de su

¹⁸ Cfr. también “La mujer en el hogar”, EH 15.2.1908, 15.3.1908.

¹⁹ Salzá, Emilia M.; *La Economía doméstica al alcance de las niñas*; Buenos Aires, 1901.

²⁰ Cfr. “El puchero”, conferencias compiladas por G. Lefevre: en EMEC, 1908, vol. XXVI, p. 145.

²¹ Leune, A. y Demailly, E.: *Cours d’enseignement ménager. Science et morale*: París 1885 (circa).

superabundancia (coordinados, alfombras, vestidos largos, draperies en general), eliminación de rugosidades y discontinuidades en las superficies tanto edilicias como del amoblamiento (largo eliminación de moldurados y con ello de todos los rasgos de los lenguajes figurativos históricos), rechazo de los materiales porosos (la madera, los empapelados, el ladrillo), desconfianza frente a los productos usados o de segunda mano (y con ello del mobiliario antiguo), instalaciones eficientes de provisión de agua potable y eliminación de aguas servidas, eliminación o reducción al máximo de los contactos físicos entre las personas, reducción de la cantidad de muebles. La casi higiénica tiende por eso a resultar la impersonal, abstracta, intemporal: es mínima mucho antes de ser modesta o pobre. En 1915, El Hogar ilustrara en detalle el ideal de “la casi higiénica” cuya nursery debería ser circular para no acumular polvo ni basuras; cuya terraza debería estar cubierta por una tela metálica antiséptica; donde las comidas deberían ser tratadas por rayos ultravioletas; y en la que debe imponerse la costumbre oriental de dejar el calzado en el exterior²².

Pero la “higiene” no se instala sin producir conflictos con otras demandas y sin generar sus propias complejidades. Es, ante todo, una técnica basada en una sobresaturación de los elementos de su trilogía sagrada: aire, sol y agua. Una persona consume 13 m³ de aire por cada hora que permanece en una habitación, y esto exige dimensiones que contradicen el desideratum de la especulación inmobiliaria: “el objeto principal que se tiene en vista hoy día en la edificación de una casa, es de emplear cada pulgada de terreno de la manera más provechosa posible, desde el punta de vista de la tenta a obtenerse, y por consiguiente, es de importancia secundaria, tanto para el constructor como para el propietario, lo concerniente a salubridad y comodidad de la casa”²³. Asimismo, se considera que el ángulo de penetración del sol en las habitaciones no debe ser menor de 30°, y si es posible, de 45°, lo que fuerza la altura de los locales. La lavabilidad, por otra parte, es un principio de sentido contrario al rechazo de la humedad como factor favorable a la expansión de microbios: “une maison humide –se dice- vaut son pesant d’arsenic”. Además, cuanto más agua contengan los muros, mayor será su transmisibilidad térmica, y mayor la pérdida de calor lo que hará más

²² “La casa higiénica” EH 29.1.1915. Cfr. también otras publicaciones como: Los microbios en los vestidos y en las modas CyC 31.5.1902; Los quehaceres de Mimita PBT N°6 1904; Lecturas del hogar, EH 29.2.1908; Aire en las habitaciones, EH 1.2.1911; Del aseo de nuestra habitación, EH 10.9.1913

²³ Piñeiro, Dr.; Informe sobre la salubridad de Belgrano: Anales de higiene pública y medicina legal; T1, 1893, p. 267.

vulnerables a los seres²⁴. Las pinturas o revestimientos impermeables impiden la evaporación, por lo que son recomendables los materiales porosos, que a su vez acumulan más polvo. “Le microbe de la tuberculose, par exemple, sorti de la poitrine d’un malade par le crachat, peut continuer de vivre de longs mois, peut-être même des années. Le crachat en effet, se dessèche, se réduit en poussières, entraînés par l’air, vent se loger dans les rideaux, les tapisseries au les angles des murs”²⁵ La defensa frente al ataque de estos infinitos y perseverantes enemigos microscópicos se presenta como condición prioritaria de la casa en la medida en que su debilidad comporta una amenaza para el conjunto del cuerpo social: “en la vida de la ciudad hay tal solidaridad entre sus habitantes bajo el punto de vista higiénico –sostiene el informe Piñeiro²⁶ que no se concibe la salubridad del palacio del potentado sin la del albergue del propietario”. Volveremos luego a las restantes condiciones que el higienismo impone, al examinar la formación de los distintos locales de la casa.

Tanto o mas que en la fábrica, para ser manejado por una única operadora –la madre-, el mecanismo eficiente necesita de un orden perfecto que, como la contabilidad, impida el derroche: del tiempo y del espacio. La Economía Doméstica es “el arte de manejar, dirigir o gobernar la casa y la familia sin perder o malgastar tiempo, trabajo ni dinero (...) El valor del tiempo y nuestro deber de emplear cada hora con algún fin útil son cosas que pocos pueden darse cuenta”, leemos en el manual de Appleton.

Como ya vimos en relación al lujo o a la “dulzura” femenina, también el orden es un imperativo cuya ausencia acarrea consecuencias catastróficas: “el desorden y la haraganería de la mujer son elementos de miseria del hogar”²⁷: por el contrario, “cumpliendo el orden cada ser obtiene su propio bien y el de los demás. Del desorden resultan la enfermedad, el dolor, la ruina económica y hasta la muerte de una persona o una nación”²⁸.

La importancia del orden del espacio crece en la medida en que más pequeña es la habitación, por eso “además de fijar un lugar para cada cosa, hay que luchar en el sentido de que cada cosa se conserve en su lugar siempre, porque las cosas en su puesto

²⁴ La higiene en las construcciones; Anales de higiene pública y medicina legal, T.1; 1893. Cfr. también Contra la humedad de las paredes. CyC 24.5.1902.

²⁵ Leume, Demailly, op.cit.

²⁶ Piñeiro, op.cit.

²⁷ El congreso internacional de higiene de la alimentación; EMEC, vol.24, 1907, p. 311.

²⁸ Barrantes Molina, Luis; Para mi hogar; Buenos Aires, 1923.

ocupan menor espacio y ayudan a conservar el orden en todo”²⁹. “El orden en el espacio exige que haya un lugar para cada cosa y que cada cosa este en su lugar. Especialmente los pobres deben aplicarse esas máximas, porque no disponen de suficiente local y no pueden perder tiempo buscando las cosas cuando olvidan el sitio donde se hayan dejado”³⁰. El horror a la mescolanza de cosas se convirtió en un topos de las descripciones habituales del conventillo y otras expresiones del habitar popular. El amontonamiento que se describe en la miserable habitación sería el reflejo de la mescolanza de razas del edificio, y de las que caracteriza al moderno caos metropolitano. Pero además, el pánico al “montón”, ¿no está en el origen de esas tabicaciones de seres y cosas que son las habitaciones? Volveremos luego a considerar ese tema. Como muchos autores lo han estudiado, la confusión se rechaza como causa de enfermedad física pero también de decadencia moral. Son válidas todavía las apreciaciones de Michel Foucault respecto de la plaga: “El orden le hace frente: su función es eliminar toda posible confusión: la de la enfermedad, que se transmite cuando los cuerpos se amontonan; la del mal, que se incrementa cuando el miedo y la muerte superan las prohibiciones. Designa para cada individuo un lugar, su cuerpo, su enfermedad y su muerte, su bienestar, por medio de un poder omnipresente y omnisciente que se subdivide de una forma regular e ininterrumpida incluso hasta llegar a la determinación última del individuo, de lo que le caracteriza. Contra la plaga, que es una mezcla, la disciplina despliega su poder, que es el poder del análisis”.

Pero no solo: sin protecciones, restricciones reglamentarias, ni efectivos controles, para los más pobres el orden parece haber llegado a constituir una suerte de forma superior del hacinamiento, como se refleja en una descripción atípica de un cuarto de conventillo: “el matrimonio ocupa un catre de lona: a madre política del esposo se acuesta sobre el cajón donde se guardan todas las prendas de vestir y enseres de la casa, y que además presta el servicio de mesa; al niño mayor se le acomoda sobre un trapo en el suelo; al mediano se le instala en el lecho en una repisa colocada en la pared y a los dos menores colgados de una percha, a guisa de carteras de viaje o de embutidos”.

¿En qué medida el desorden o el descuido caracterizaban verdaderamente la habitación de la mayoría de los pobres? Si se analiza la situación higiénica del interior

²⁹ Berrantes Molina, Luis; Para mi hogar; Buenos Aires, 1923.

³⁰ Ibidem.

de los cuartos de conventillo según la muestra relevada por el Departamento Nacional del Trabajo en 1904 los resultados parecen indicar lo contrario: en todos los barrios la mayoría –salvo en el caso de Palermo- se encuentra en “buenas condiciones, y apenas el 20% del total se revela sucio y desordenado.

| BARRIO | SITUACION HIGIÉNICA | | | TOTAL CUARTOS |
|--------------|---------------------|-----------|-----------|---------------|
| | Buena | Regular | Poca | |
| La Boca | 17 | 2 | 8 | 27 |
| Palermo | 6 | 10 | 9 | 25 |
| Radio Urbano | 17 | 9 | 2 | 28 |
| Barracas | 11 | 7 | 4 | 22 |
| Flores | 9 | 8 | 4 | 21 |
| Total | 60 | 36 | 27 | 123 |

El orden en el espacio, ya lo estamos advirtiendo, está íntimamente ligado al orden del tiempo. Por empezar, el tiempo debe ser ocupado de manera absoluta sin permitir divagaciones o fluir espontáneo de los acontecimientos: “la madre debe ser la primera en levantarse y la última en acostarse; debe estar en las habitaciones, en la cocina, en el patio o en la huerta, si es llegado el caso: impartir ordenes, si es conveniente; hacer ella misma si es preciso; en fin, andar, vigilar, mandar, ejecutar, dar ejemplo constante de actividad, laboriosidad y preocupación”³¹. Es exactamente la imagen que dibuja Ocantos en “Quilito” cuando imagina en Susana a la joven ideal: “A todos atendía Susana, y todos lo ejecutaba de maravilla. Y en el salón, en el escritorio, en el tocador y en la cocina, siempre era la misma, dispuesta y viva, amable y afectuosa. Se levantaba la primera y ya lavada y peinada iba a ver preparar el desayuno de la familia (...). Si no había criados ella lo hacía, y arreglaba los cuartos, y tendía la mesa (...). Misia Gregoria le daba a arreglar los vestidos que la modista no habría conseguido sacar a gusto. Y todavía tenía tiempo de repasar sus lecciones de idiomas, y acompañar

³¹ Bassi, A.; Gobierno e higiene del hogar; Buenos Aires, 1920.

a su hermana al paseo, o a tiendas, o a visitas, y también a su madre (...). Desde muy niña fue así Susana, de una pasta que ni amasada por manos de ángeles”.

Con disciplina, postulan los manuales, “se concluye por proceder en todo, con una regularidad casi mecánica, que es como decir con una regularidad casi ideal”³². La regularidad del trabajo se asimila a la de los mecanismos vitales, y de este modo se confirma su “naturalidad”: “sólo podemos mantenernos bien física y moralmente -nos aseguren- por la repetición de los actos que deben efectuarse en su debido tiempo y lugar”³³. No podemos dejar de asociar esta demanda de regularidad “casi mecánica” o los procesos de taylorización en curso, y en algunos casos la alusión es explícita. Bassi, por ejemplo, sostiene que la mujer debe entretenerse siguiendo el espíritu de esta época “en que no se concibe al individuo sino como una actitud perfeccionada en tal o cual sentido”.

Como bien ha visto Thompson, “en la sociedad capitalista madura todo el tiempo debe ser consumado, vendido, utilizado: para la fuerza de trabajo es inconveniente simplemente el “pasar el tiempo”³⁴, de manera que sobre el tiempo privado se impone entonces el tiempo social cuya expresión es el reloj. “Pronez l’habitude de ne jamais rester a rich faire (...) Etes-vous lassez de coudre, faites du crochet ou du tricot. Vous êtes-vous livrées a quelque travail fatigant, à quelque grand nettoyage: prenez un livre. Un travail repose d’un autre” recomienda el manual Leune - Demailly por eso “debe haber un buen reloj o lo cagado en un lugar bien visible de la casa, para que todos puedan guiarse por él”³⁵. Si la mujer pone orden en la soire temporal de sus actos nada queda liberado al peligro de la duda y con ello “elle perdra moins du temps a se demander sans cesse ce qu’elle va faire”. He aquí un buen “horario higiénico y económico: 1° levantarse temprano, 2° limpieza y ventilación de la casa, 3° preparación y toma del desayuno, 4° compra diaria de comestibles, 5° preparación y toma del almuerzo, descanso, 6° quehaceres domésticos y sociales, 7° preparación y toma de cena, 8° descanso, 9° lecturas y conversaciones útiles y recreativas, 10° arreglo de cuentas de los gastos hechos durante el día, 11° revisión de las habitaciones; reposo”³⁶. A la regularidad de las horas sigue la de los días, y a esta la de los meses y

³² Ibidem.

³³ Salzá, Emilia; La economía doméstica al alcance de las niñas; Buenos Aires, 1901.

³⁴ Thompson, Edward P.; Tiempo, disciplina del trabajo y disciplina industrial; en Sociedad patricia y cultura plebeya (Ed. It.), Torino, 1901.

³⁵ Appleton, op.cit.

³⁶ Salzá, op.cit.

estaciones del año. Se prepararán ciertas comidas los domingos, los martes se ordenará la ropa de cama, se prefieran los abrigo en otoño y el sol del verano secará las conservas.

Pero hay otros significados más ocultos que confieren espesor a la centralidad del reloj en la casa. Jean Baudrillard ha escrito sobre ellos: “la cronometría es angustiada cuando nos sujeta a las tareas sociales, pero es tranquilizadora cuando se cuantifica el tiempo y lo corta como un objeto que se consume. Todo el mundo ha experimentado de qué manera el tictac de un reloj consagra la intimidad de un lugar. Y es porque lo hace semejante al interior de nuestro cuerpo. El reloj es un corazón metálico que nos tranquiliza respecto de nuestro propio corazón”³⁷.

Las limitaciones de esa vida austera que los manuales procuran hacer eficiente no son sin embargo representadas como inconvenientes o como transitorios paliativos; se constituyen por el contrario como condiciones de valor. Conforman, en otras palabras, una estética, cuyas características se presentan condensadas en un besito para niñas de Pedro Monlau, autor de varios libros de higiene escolar:

Atmósfera despejada,
Vestido limpio y decente,
sin que en mejillas y frente,
brillen afeites por nada,
la comida moderada,
el beber con discreción,
y cumplir la obligación,
aunque se juegue algún rato,
docilidad, gran recato,
y continua ocupación³⁸.

Es cierto que, armado con “los muebles necesarios, nada superfluo”, un hogar regido según estos valores “A primera vista puede parecer demasiado sencillo, demasiado pobre, a las personas a quienes agradan los adornos sobrecargados, la abundancia de poder para tropezar con ellos y no saber cómo moverse en el interior de la casa, pero la gente de buen gusto lo alabará sin dudas (...)”³⁹. La limpieza de las

³⁷ Baudrillard, Jean; “El sistema de los objetos”; 1969; México.

³⁸ MDEC. Vol.15, 1895, p.144.

³⁹ La casa moderna, en Caras y Caretas, N°142, 22.6.1901.

cosas se asimila así a la limpieza moral, y por carácter transitivo la cualidad higiénica del mundo doméstico se eleva a la condición de verdad. Una austeridad, una noción de verdad, y una limpieza moral que se articulan muy tempranamente con los debates estéticos en curso en la cultura occidental, de John Ruskin a Gotfried Semper a Emmanuelle Viollet Le Duc. “¿Ne vous vous pas déjà aperçues, mes enfants –se interrogan Leune – Demailly- que la propreté embellit tout choses? ¿qu’elle rend oai le mobilier le plus modeste, qu’elle fait reluire les utensilles le plus vulgaires, et peu rendre la maison même du plus humble ouvrier agréable à habiter?” Para la baronesa Staffe “la más humilde cabaña, si está limpia y ordenada no darán nunca un aspecto de miseria y complacerá a un a los ojos habituados a la magnificencia”. O, como sintetiza otro manualista: “la higiene es el lujo del obrero”⁴⁰; la otra expresión de la aristocracia de la sencillez a la que nos referimos antes.

¿Es legítimo afirmar que estas recomendaciones condicionaron efectivamente el comportamiento y las características de las formas domésticas en nuestro país? Es difícil determinarlo. En la narrativa nos encontramos con ejemplos que dan cuenta de que su posesión parece una costumbre difundida: recuérdese la lista de libros de la familia Quillango que se describe en la novela de José María Cantilo, donde figuran manuales de jardinería, de medicina popular y de cocina “lleno de papeles señalando páginas”. Para establecer la cantidad de manuales que llegaron efectivamente a las mujeres del pueblo rara vez disponemos de datos. Sabemos, por ejemplo, que el “Libro de las madres” costaba 3\$ y se publicitaban a página plena en los diarios. A un precio de 2\$, el de Barrantes fue escrito por encargo de la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, la que editó 10.000 ejemplares que se distribuían en las carnicerías, y podemos imaginar que esto debió ser uno de los casos de llegada más capilar. También contamos con una indicación valiosa en las reediciones que de muchos de ellos se realizaron. De los 17 que recomienda en 1907 Clotilde Guillén sólo seis no han pasado de la primera, mientras que se cuentan uno con segunda, cuatro con tercera, dos con quinta, una con séptima, una con octava, una con onceava y otro con quinceava edición. Se trata, es cierto, de libritos de distribución internacional cuyo éxito no necesariamente refleja su grado de difusión en nuestro país. No son, de todos modos, grandes cantidades. Y cabe además preguntarse ¿cuántos eran verdaderamente leídos?; y aún en ese caso ¿cuántos lograban instalar en sus lectoras los principios que proclamaban?

⁴⁰ Barrantes; op.cit.

Para construir nuestras respuestas no podemos ignorar que en buena medida las formas de vida contemporánea son constantes con ellos. Y si se tienen en cuenta los comportamientos que fueron caracterizando a los sectores medios, es evidente que muchos de los criterios que hasta aquí hemos venido analizando se incorporaron finalmente al sentido común. Pero parece desmedido atribuir tanta efectividad en forma directa a esta literatura. Probablemente, más que a partir de su lectura, los manuales decidieron incidir en un público masivo mediados a través de dos vehículos principales: la escuela y los magazines femeninos. Aunque existen desde los primeros años del nuevo siglo, estos últimos se difunde masivamente desde finales de la segunda década. En los veintes El Hogar tenía una tirada de 82.900 ejemplares semanales, y Femenil (número 25) alcanzó los 50.000. Si estas cifras se suma otro tanto de Para Ti, PBT, Caras y Caretas y otras publicaciones menores y se multiplica por dos, suponiendo más de un lector por número, puede decirse que al menos en esta fecha estos medios difundían los enunciados del moderno proyecto doméstico a cerca de medio millón de personas.

En ambos casos el proceso no fue sencillo o lineal, y en la fuerte presión insistencia orientadas a difundir las normas y características a que debían responder la casa moderna y sus habitantes, pueden incluirse ante la presencia de normas alternativas en el imaginario popular como los indicios más elementales de un generalizado rechazo. De esta recepción conflictiva pueden localizarse otras evidencias.

Una de ellas reside en el tono irónico con el que con frecuencia se tratan las pretensiones régimentadoras de la economía doméstica en distintas publicaciones. Dos ejemplos. Uno: Luis Taboada es el autor de “Las mujeres de su casa”, un suelto que publica PBT es un número 45 de 1905. Dos amigas que comparten una tarde de tertulia y se dedican a criticar duramente a una tercera por la forma desastrosa con que esta conduce las cosas de su hogar. “Yo te aseguro -dice una de ellas- que si me condenasen a vivir así, sin orden ni método, memoria por consunción. ¡Cómo que no puedo ver las cosas en desorden!”. La visita comparte el criterio y regresa a su propia casa que está también patas para arriba. Nos enteramos finalmente que tras la fachada de la sala de recibo de la anfitriona se oculta un pandemónium más grande todavía.

Otro: en 1916 solían aplicarse en “Crítica” notas elaboradas con un lenguaje popular en un recuadro llamado “La musa del suburbio”. El 3 de enero leemos “La escena diaria. Economía Doméstica”, donde un hombre (con el aspecto de un compadrito) y una mujer discuten sobre la “nueva ciencia”. La escena transcurre del siguiente modo: El: “¡Parece

mentira, parece!"; Ella: "¡Oh!... ¡Avisá!"; El: "Pero si esto es ir en contra é la economía doméstica!"; Ella: "Hablá... ¿Qué te duele?"; El: "¡El alma, de ver que las lecciones que mi experiencia va rejuntando pa vos, la paso como a la semilla que siembran en los campos fiscales... caen en el zurco y nada! Lo mimso le pasa a mis consejos, abro el zurco, siembro y no me llevás el apunte! ... ¡Me caigo muerto!"; Ella: "Pero decí... ¿A que viene el rezongo?"; El: "Mirá si no tengo razón de que hablar! ..."; Ella: "¡Bah! ... ¡Un alfiler! ... ¿Y eso te hace armar esta bronca? ..."; El: "Si... ¡Porque la economía de un hogar se percata opr las mas sencilla e las manifestaciones!,, ¡Hoy uno, mañana otro... y al final é los treinta yurnos... te lo volio dire!". Y así continúan un buen rato hasta que la mujer se convence de que "el ahorro es la vase é la fortuna" momento en el que él, como si nada, "preocupado constantemente por las evoluciones económicas que hacen paraísos de los hogares pobres", le pide unos pesos para poder actuar como presidente "del centro Economistas domésticos donde mi labia va hacer emocionar a las muchedumbres". Obtenido el pequeño capital, la quincena que la mujer acaba de cobrar, se toma un coche de alquiler con el que en realidad se va Palermo "a respirar la fresca viruta".

Las educadoras pensaban que del mismo modo en que tal como los hombres preferían gastar dinero en tabaco, en la taberna o en otras distracciones, las mujeres derrochaban tiempo y dinero con su "mal gusto", dejándose embelesar por adornos y chucherías sin valor. "Todas esas ropas y vestidos de colores llamativos, esas cintas chillonas, esas baratijas y otros perendengues que veo llevar a las obreras, todo eso es de un gusto pésimo -leemos-. Si se quiere andar bien vestidas no hay mejor modo que hacerlo con sencillez, más las obreras no pueden ni quieren creerlo"⁴¹.

Desde los primeros años de la década del noventa la Economía Doméstica se enseñaba en los programas del cuarto grado de las escuelas primarias⁴², y se dictaba como materia autónoma en el tercer año de las Escuelas Normales⁴³. Es obvio que,

⁴¹ ¿Saben ahorrar los obreros?; EMEC, vol.16, 1898, p.283.

⁴² Su contenido era: Principios de la buena administración doméstica: quehaceres domésticos; distribución proporcional del tiempo; reglamentación del servicio; hábitos de orden y sistema; limpieza y ventilación y arreglo de las habitación; conservación de alimentos, vestidos y muebles; remedios domésticos; limitación racional de los gastos en consonancia con los ingresos.

⁴³ Su contenido era; Objetos; importancia y utilidad de la Economía Doméstica; gobierno de la familia: deberes del ama de casa; principios generales para el buen gobierno de una casa. Necesidad y utilidad del trabajo doméstico; distribución del trabajo entre los diferentes individuos de la familia; distribución y economía del tiempo; Estación propia para mejoras en la habitación; compras: oportunidad, ventajas de adquirir ciertos comestibles por mayor; distribución del trabajo para los días de la semana; tareas propias de cada hora del día; ventajas de levantarse temprano y no prolongar la velada. Ingresos y gastos en una

como en relación con otros temas, se suponía que los hijos argentinos de los inmigrantes actuarían como vehículos a través de los cuales las estrategias elaboradas por la elite penetrarían en las familias, gracias a la educación obligatoria. Sin embargo, aún en la primera década del nuevo siglo continúan presentándose problemas de dos tipos. Por un lado las familias parecen resistirse a esa función de la Escuela; por otro, la propia Economía Doméstica no logra consolidarse según los perfiles amplios de sus enunciados.

Se sabe que “mientras el maestro argentino no tenga influencia sobre el hogar no podrá de manera alguna ocupar su rango importante como factor imprescindible de la sociedad”. Pero para empezar la condición femenina misma parece ser el primer duro obstáculo. Lo suyo es un cúmulo de predisposiciones naturales negativas: “es prudente limitar la en sus caricias para no excederla en sus ranuras; es lógico desviarla del parece parcialismo su ferviente amor, que la seduce a ser complaciente con las debilidades, desvirtuándola de su lirismo personal para ahogar a tiempo su vanidad, su orgullo, su ociosidad, su bonanza ilimitada conduce a sus hijos a la timidez, su dureza de ánimo forma hombres despiadado, su melancolía es fuente de amargura como su fanfarrón a conducta conduce al escarnio”⁴⁴. En la Escuela Mitre se organiza en 1906 un acto especialmente dedicado a examinar las relaciones entre el hogar y la escuela en el que la directora, María A. M. de Salinas se pregunta “¿por qué el hogar de nuestros alumnos, de nuestras niñas, permanece indiferente, casi hostil para con la escuela de la patria, el segundo hogar?”⁴⁵. Y para eso hay distintas respuestas posibles. Una de ellas es que la gente del pueblo no sabe cómo educar a sus hijos, y como la escuela es obligatoria y gratuita la permanencia de los niños en ella y las enseñanzas aprendidas son de tal modo boicoteadas que los maestros temen “que la familia contraríe y destruya la obra de la escuela”⁴⁶. Es más, muchos están convencidos de que sencillamente “bastantes padres consideran a la escuela como déspota y terrorista de sus hijos y se oponen a justísimas medidas sobre educación y disciplina”⁴⁷.

casa; necesidad de calcular los gastos de modo que haya siempre algún sobrante: ahorro; empleo de los ahorros crecidos; préstamos; casos en que debe recurrirse a ellos y condiciones en que debe recibirse. Contabilidad doméstica; condiciones de la casa habitación; ropa blanca, reparación y renovación. Crianza de animales útiles y ventajas que puede reportar; medios generales para la conservación de sustancias alimenticias; precauciones contra la polilla y contra los insectos parásitos.

⁴⁴ Natale, J. A.; Influencia moral del maestro; EMEC, T.XX, 1904.

⁴⁵ El hogar y la escuela; EMEC, vol. 23, p.14, 1907.

⁴⁶ Dificultades de la cooperación entre la escuela y la familia; EMEC, 1907, vol.24, p.208.

⁴⁷ El hogar y la escuela; EMEC, vol.29, 1909, p.129.

Las experiencias internacionales muestran ya en 1907 un cuadro de crisis del proyecto de educación doméstica, tal como se advierte en el Congreso Internacional de Higiene de la Alimentación. Algunos estiman que el fracaso se debe a las negativas características que atribuyen a los sectores populares, otros a la ineficacia de la escuela.

También hay quienes lo atribuye a la de las organizaciones obreras: “una enseñanza doméstica que se presentara como creadora de la paz social tropezaría con las repugnancias del partido socialista -afirman-. Podría ver en ella una tentativa de enseñar a la clase obrera a contentarse con un salario insuficiente del que un ama de casa prudente sabría sacar un mínimun de felicidad”⁴⁸. Pero ¿se registraba esa hostilidad en Buenos Aires?.

Podemos imaginar que en estos primeros años los socialistas no veían con buenos ojos la estrategia de resolución individual del conflicto social que estaba implícita en las expresiones más liberales del “proyecto doméstico”, o mejor, que sentían una mayor atracción por soluciones colectivas para la vida cotidiana. Por ejemplo, en su visita a Bélgica en 1895, Justo resulta impresionado por el avance observado en la Maison de Peuple de Bruselas “con sus grandes almacenes y su instalación eléctrica para el alumbrado y para mover las máquinas de coser y calentar las planchas”. Aún así, teniendo en cuenta la importancia del higiene mismo y el peso de figuras como Dickman, el aspecto “científico” de la educación doméstica debía resultarles conveniente. Sabemos que su oposición a las políticas oficiales no se ejercía en bloque y sus demandas no siempre se referían a los salarios de los trabajadores, sino que se combinaban con exigencias impositivas, controles de precios o rebajas, en el caso de la habitación, en los alquileres. Es cierto que los socialistas propugnaron soluciones cooperativas para elevar el nivel de vida de los trabajadores, potenciandolos -así pensaban- para su lucha contra los capitalistas. A partir de 1905 fundaron la Cooperativa El Hogar Obrero, destinada construir viviendas, y en 1898 se había inaugurado la Cooperativa Obrera de Consumos de Buenos Aires. Pero la acción de este último tipo de organizaciones estuvo dirigida más bien a construir un consumidor racional, figura que no se oponía sino que coincidía con muchos de los rasgos del “proyecto doméstico” que estamos analizando. Es más, los programas de las escuelas impulsadas por los socialistas incluían cursos de enseñanza práctica: María de

⁴⁸ El Congreso Internacional de Higiene de la Alimentación; EMEC, Vol.24, 1907, p.311.

Marcellat, dirigente del Centro Socialista Femenino dictaba el curso de Corte y Confección para niñas en la escuela de Morón (1904). En uno de los estudios sobre el tema, Dora Barrancos nos informa que para la enseñanza socialista “el trabajo era necesario tanto para la formación futura como para la creación de hábitos morales en todas las fases de la evolución, propiciándose así firmeza de carácter y ‘natural convicción valorativa, capaz de desdeñar la holgura y el hedonismo’ ”; y concluye que “las labores de las niñas comprendían aspectos exclusivamente “femeninos” del periodo, y ninguna ruptura en estas concepciones parece haberse instalado en el seno de las instituciones educativas del socialismo”.

Vezzetti ha observado⁴⁹ que algunos teóricos socialistas –Del Valle Ibarlucea, particularmente– se manifestaron tempranamente a favor de los derechos de la mujer, e incluso –en 1902– de su “libertad sexual”. Pero las posiciones de este sector parecen mejor reflejadas en la conocida utopía imaginada por Dittrich⁵⁰, en la que la casa y la familia continúa siendo, perfeccionadas, las células básicas del tejido social. Este conservadurismo “realista” de los socialismos argentinos contrasta con las experiencias intentadas en otros países por comunidades influidas por las ideas socialistas, o en ámbitos en los que estas se articularon con movimientos intelectuales radicales, orientados hacia la “reforma de la vida”. Basta pensar en experiencias como las propugnadas desde modos de pensar tan diferentes como los de Melussina Fay Peirce y Marie Stevens Howland en los Estados Unidos⁵¹, o en las reestructuraciones que auspiciaban personajes igualmente opuestos como Henri Dedenkoven en Suiza y Viktor Aimé Huber en Alemania⁵².

El comportamiento de los anarquistas tampoco parece haber sido lineal. Por empezar también había entre ellos quienes –aunque no llegaron a ponerlas en práctica– propugnaban soluciones cooperativas, a la manera de los socialistas. Puede pensarse sin embargo que su tendencia principal los inclinara a las actitudes individuales, disolutorias incluso de la unidad familiar. En efecto, en la utopía anarquista de Quirole⁵³

⁴⁹ Vezzetti, Hugo; Contribuciones preliminares a la historia intelectual de la familia argentina; en Anuario N°2, Subsecretaría de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA; 1991.

⁵⁰ Dittrich, Julio; Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista (1908); en F. Weinberg, Dos utopías argentinas de principios de siglo”, Buenos Aires, 1986.

⁵¹ Cfr. p. ej.: Hayden, Dolores; *The Grand domestic revolution*; Massachussetts, 1983; y Gwendolin Wright; *Moralism and the Model Home*; Chicago / London, 1980.

⁵² Cfr. Navy, Klaus y Prinz, Michael; *Illustrierte Geschichte der Gemeinwirtschaft*; Bonn, 1985; y Monte Verita. *Berg der Wahrheit*; Milano, 1975; y Hartmann, Kristiana; *Deutsche Gartenstadtbewegung*; München, 1976.

⁵³ Quiroule, Pierre; *La ciudad anarquista americana* (1914), en Weinberg; op.cit.

la familia y con ella la casa individual se disuelven en instituciones colectivas. Pero abundan los indicios que desmienten, o al menos relativizan esta tendencia. Algunos critican, es cierto, la “opacidad” del mundo doméstico hacia la política puesto que en él “al calor de las afecciones sinceras, en la intimidad familiar es donde pueden dar los frutos más óptimos el árbol de la sociología práctica, donde puede tener su desarrollo más brillante la libertad de conciencia y donde pueden germinar con más facilidad los sentimientos nobles. En su circuito, aparentemente estrecho, convergen todos los resortes de la sociedad, en su sagrado vientre se gestan las generaciones y se moldean las almas”⁵⁴. Es más, “el revolucionario de verdad sólo puede conocerse por la obra revolucionaria que haga en lo que está más cerca, la familia, puesto que esta obra es imperecedera en lo que lega a la posteridad una generación libertaria”⁵⁵. Como puede verse se trata de una pedagogía doméstica no muy distinta -más allá de los vocablos- de la que analizamos. ¿Cuales son los “sentimientos nobles”?, ¿Cuáles las formas concretas en que se gestan esas generaciones?. Se rechazan, es cierto, las “dos mujeres” de la polaridad sarmientina. En una sociedad anarquista “habrá menos mujeres-juguetes y menos hombres brutales hasta la bestialidad”⁵⁶; su modelo “de las verdaderas madres no puede ser jamás el tipo vulgar, convencional o frívolo, de las fanáticas e ignorantes mujeres de la sociedad actual”⁵⁷. Pero ¿se avanza mucho más allá?. Algunas veces las similitudes con los enfoques “burgueses” son sorprendentes. ¿Se recuerda la imagen de la gama que asegura a su caballero la armadura que transcribimos más arriba?. Compáresela con la siguiente, publicada en La Protesta: “¿si supieras cómo se combate con más aliento cuando un corazón de mujer palpita con nosotros, con el mismo entusiasmo y cuando sus brazos en lugar de ligar los vuestros en la pereza son los que los ayudan a vestir la armadura con que debéis bajar contra el enemigo secular de la injusticia, contra el privilegio y la prepotencia”. ¿Y la necesidad de que la mujer silencio sus propias pasiones ante el marido?: “Son innumerables las mujeres como tú que en todo tiempo retardaron el advenimiento de las ideas más grandes y más benéficas. No temas, no encontrará tu marido en medio de nosotros los amigos corrompidos que puedan extraviarlo, no somos nosotros, pobre mujer, quienes pueden arrancarlo de tu corazón (...) No lo contrastes porque le tomaras el ánimo sin hacerlo por eso más tuyo”. En algunas notas sobre el tema que se publican en La Protesta la

⁵⁴ El anarquismo y el hogar; La Protesta; 16.9.1906.

⁵⁵ Herrero, José; Inconsistencias; LP; 7.7.1905.

⁵⁶ Letoumeau, Ch.; Los dos sexos; LP; 13.3.1906.

⁵⁷ La mujer moderna. Su inteligencia y su papel social; LP; 3.7.1906.

mujer y el hogar que se sugieren no difiere demasiado de aquella autoreprimida conductora. “¿No sabéis -nos aseguran- que para la mujer es un gran placer gobernar bien la casa y conducirse de modo que todos los familiares estén contentos y satisfechos?. Y no ignoréis que a todo el mundo le gusta verse cuidado por una mujer bonita y acaso sea ésta una de las formas más agradables de la coquetería?”⁵⁸. Pero sin exageraciones: se tienen “madres inteligentes amorosas, saludablemente educativas que formen hombres para la libertad y la justicia y no ciegos instrumentos de placer o serviles amas de leche”⁵⁹. “La excitación sistemática de la lascivia acarrea los más grandes daños a la salud física y moral del hombre en particular y una sociedad compuesta de individuos sexualmente sobreexcitados que no conozca el dominio de sí misma, las buenas costumbres, el pudor, va derecho a una ruina cierta, porque resulta demasiado obtusa y flexible para perseguir grandes ideales”⁶⁰. También aquí el desvío se paga con el derrumbe. Como para los “burgueses” y los socialistas, la guardiana del hogar parece haber sido el modelo femenino dominante entre los anarquistas argentinos. Pero la guardiana era simultáneamente prisionera: portadora natural de las ideologías reaccionarias, para los anarquistas la mujer debía proteger y ser protegida por los muros del hogar puesto que, en paradójica simetría con el pensamiento católico, la consideraban frágil y fácilmente tentarle por el diablo... de la religión.

De manera que podemos inferir que esa “resistencia” a la que refieren los educadores parece expresar más bien el conflicto entre la homogeneización modernizadora y las múltiples costumbres y usos de raíz arcaica de la población; así como la oposición a la incorporación a la esfera pública de los comportamientos privados, incorporación que iluminaba los individuos respondiendo a la tendencia panóptica de la que partidos y organizaciones populares no eran ajenos. Más allá de sus exageraciones, las normas de la “economía doméstica” eran modernizadoras; su función consistía en articular las representaciones “fuertes” con el mundo de todos los días, y podemos acordar con Armstrong cuando afirmaba que “este lenguaje -circulando entre lo psicológico y económico, así como entre lo individual y el Estado- se paró y reconstituyó a uno en relación con el otro y produjo así un discurso, una nueva forma de almacenar información cultural que cambió la totalidad de la superficie de la vida social”. A la larga, su transgresión parece haber quedado confinada a la marginalidad,

⁵⁸ Mujer; LP; 14.3.1906.

⁵⁹ La mujer moderna, op.cit.

⁶⁰ Gimenez, Angel; Conferencia sobre higiene sexual; LP; 17.6.1905.

mientras que su pleno cumplimiento y posterior desarrollo confirió algunos de sus rasgos principales a los sectores medios. De esto últimos ocuparemos a continuación.

APENDICE: MANUALES VINCULADOS AL HOGAR

ALIMENTACIÓN

- LE BELE, Dr. G.; L'hygiene de l'estomca et la cuisine; 1902 (CG).
- HAMARD, Dr. Maurice; La viande et ses differents procedés de conservation; 1902 (CG).
- FRANKE, E.; Die Chemie der Küche; 1903 (7a Ed.) (CG).
- DELLOQUI, Angel; Harinas y féculas. Pequeña enciclopedia de química práctica de Dellon; 1903 (3ª) CG).
- GAUTIER, Armando; L'alimentation et les Regimes; 1904 (CG).
- ROESER, Dr. P. H.; Traité de l'alimentation, 1906 (CG).
- KONIG, Dr. J.; Porzentuale Zusammensetzung u. Nährgeldwert der Menschitichen Nahrungsmittel; 1906 (CG).
- MARTINET, Alfred; Les aliments usuels (CG).
- ROGER, Prof. H.; Alimentation et Digestion; 1907 (CG).
- MULL-WEEIS, Mme. Augusta; La cuisine rationnelle des malades et des bien portants; 1907 (CG).
- CASTALDI, Dr. Arturo; Ricettario domestico; 1909; (3a. Ed.) (CG).
- HEROUD, A.; Les secrets de l'alimentation á la ville et a la campagne. Biblioteque des connaissances; (CG).
- LAROUSSE; La cuisine et la table moderne; (8ª Ed.); (CG).
- SCUDERI, A.; El arte de guisar; 1920.
- Aprenda a cocinar carnes baratas; 1924.
- GHERSI, I. Y CASTODLI, A.; Recetario doméstico; 1925.
- SCHEH, Emilio; La alimentación en la Argentina; 1930.
- ESCUADERO, P.; Etude economique de l'alimentation de l'ouvrier a Buenos Aires; 1933 (París).
- ESCUADERO, P.; La solution du probleme de l'alimentation dans les foyers a faibles ressources; 1933 (París).

ECONOMÍA DOMÉSTICA EN GENERAL

- NAVARRO VIOLA, Miguel; La familia y la propiedad es la base de la felicidad; 1848 (Tesis).
- MARTINEAU (BN 186505) Household education, 1861.
- PELLETAN, Eugenio; La madre; Barcelona, 1875 (2ª Ed.).
- PASCUAL DE SAN JUAN, P.; Guía de la mujer o Lecciones de ED para las madres de familia; 1880 (6ª Ed. Buenos Aires). Declarada texto en Baires, premiada en Barcelona.
- RAYMOND (BN 192.106); La bonne menagere, 1885.
- APPLETON (ATKINSON, Prof. Florencia – GARCIA PURON, Dr. Juan – SELLEM, Francisco – MOLINA, Eduardo); Economía e Higiene doméstica; 1898, New York (1912 6ª Ed.) (CG)
- SCHEFFER y AMIS, Mmes.; Economie Domestique, 1889, París (5ª Ed.) (CG).
- MILLET – ROBINET, Mme.; Maison rustique des dames; 1899 (15ª Ed.) (CG).
- SENILLOSA, Felipe; La Crisis Social. El hogar, escuela del deber y del derecho; 1899.
- ARAOZ ALFARO, Gregorio; Libro de las madres; 1899 (antecedentes Auvard, Comby, Rostchild y Guaita).
- SMILES; "El ahorro" (citado en Emile Salza ¿ES?)

GUTIERREZ, María Antonio; El ama de casa (ES).
LAURA, Dr. Segundo; Consigli alle madri (ES).
PALMA, Amelia; Consejos a mi hija (ES).
GARCIA BALMACEDA, Joaquina; La mujer laboriosa (Manual de labores) (ES).
IVES, C.; Economía Doméstica (ES).
MARTÍNEZ, T.S.; Economía Doméstica (ES).
SALZA, Mme. M.; La ED al alcance de las niñas; 1901 (CG).
SAGE, Mme. M.; La science et les travaux de la ménagère; 1901.
PALMA, Amelia; El hogar modelo; 1902.
SCHMID, Franz; HOHNERLEIN, Max; MERKT, Alfons; Haushaltungskunde: 1904 (3a. Ed.) (CG).
STRINGER, Dr. Wilhem; Hauslhaltungunterricht; 1905 (2ª) (CG).
CASTAÑO, Aurora; El Vademecum del hogar; 1906 (3a Ed.) (CG)
HERICOURT, Dr. J.; La higiene moderna; Madrid, 1908.
Manual de la Familia Cristiana; 1908.
DEMAILLY, Mme. E.; Cours d'enseignement menager (CG).
CAZES, E.; Notions de sciences avec applications a 1a Ed. Cours des ecoles élémentaries (CG).
SCHEFER et AMIS, Mmes.; Enseignement des travaux de menage (11ª. Ed.) (CG)
HERAUD, A.; Les secrets de 1ª ED á la ville et a la campagne. Biblioteque des connaissances utiles; (CG).
LYFORD CARRIE, Alberta (trad. BERTELLI, Rita); Veinte lecciones de ED; en Extensión Popular, Boletín N°23 de la Universidad de Tucumán; Mayo, 1914.
CLIMENT FERRER, Federico; El ama de casa; 1916.
VEDOYA, Manuel; El poema del hogar; 1918.
BASSI, Angel; Gobierno e higiene del hogar (Curso de Ciencia Doméstica dictado en el Liceo de Señoritas, anexo a la Universidad Nacional de La Plata); Buenos Aires, 1920 (iniciado en 1894 en Escuela experimental de Esquina).
VELEZ, Juan J.; Utilidad de la instrucción de la mujer; 1920.
PAUL, Hnos Ltda.; El libro del hogar feliz; 1920 circa.
BARRANTES MOLINA, Luis; Para mi hogar. Sintesis de economía y sociabilidad domésticas; Buenos Aires; 1923 (10000 ejemplares).
BION, A.; Genésico y libro del hogar; 1924.
SPANGENBERG, Renee; Informe (al ministro Le Breton, quien también envió a Bélgica un par de maestras para estudiar el tema) sobre la ED en los Estados Unidos; 1925. Trad. En la Escuela Nacional de Agricultura de Casilda. Editado por la Sección de Propaganda e Informes de Ministerio de Agricultura de la RA (Bs.As.)
Artes femeninas; 1926.
Almanaque Bailly – Bailliere. Pequeña enciclopedia de la vida práctica; 1927.
PIRALES, A.; El arte de gobernar una casa; 1930.
DOMENECH MANSANA, J.; La casa, como se costea y edifica una vivienda; 19?? (cit. en Arcelli).
ESTRADA, Adelina; Economía Doméstica; 1931. (Cit. en Arcelli ed. 1938: ED Anotaciones (...) adaptadas a los programas vigentes en 1º año del Liceo Nacional de Señoritas; Buenos Aires.
MILLET – ROBINET; El ama de casa en el campo; 1932.
BACHOFEN, Elisa; Enseñanza técnica de la mujer; 1932.
La Martona; Manuel del Hogar (BN 172.402); 1933.
BARILARI DE ACEVEDO; El libro del hogar; 1934.
PONCE, Dr. E. V.; Nociones de higiene y medicina social; 1936.

ARCELLI, María; Ciencias domésticas. Apuntes de higiene de la habitación; 1938.
GAMBUS; La perfecta mujer en su casa (BN 252-618); 1937.
CAMP T. LOFDERG, María; Mujer en su hogar; 1942.
KAUFMAN, Félix; La vivienda alemana; 1940.
WHITE, E. G. de; El hogar y la salud; 1940.
CLIMENT FERRER, F.; La mujer en su hogar; 1943.
CORTEZ DE GONZÁLEZ, C.; Gobierno del hogar; 1943.

SEGUNDA PARTE (1910 – 1930): bricolages.

Confluyente con el postulado higienista de la “lavabilidad total”, la poderosa tendencia a la “regularidad casi mecánica” de los trabajos y las formas de la casa se articula en un solo haz con el impulso no menos homogeneizante que está determinado por la producción industrial de mercancías. Un resultado lineal de este proceso debería ser la casa transparente, un habitáculo sin “cualidad” cuyo interior se fundiría con el exterior configurando un todo homogéneo e indiferenciado de cosas y comportamientos. Y en efecto la “profecía de Flammarión”, la ciudad de las casas de cristal, constituye una fantasía que suele encontrarse en las revistas que analizamos⁶¹, y que de hecho fue uno de los principales objetos de debate y propuestas de las vanguardias artísticas en todo el mundo.

Pero como hemos visto, la opacidad del interior es necesaria para el funcionamiento del “temporal metropolitano”. En otras palabras, el interior debe ser distinto porque constituye un dispositivo de recuperación y reproducción de la fuerza de trabajo, pero también de constitución de la conciencia individual que está en la base del universo moderno. Y su opacidad se ve reforzada en la medida en que para constituirse, esa individualidad debe ejercer una cierta resistencia a la homogeneización a la que se ve sometida por las fuerzas actuantes en su exterior.

¿Cómo conseguir esa “diferencia”? Esa es una de las grandes preguntas que recorre los textos que estamos estudiando. En las comunidades premetropolitanas, la individualidad de la casa tenía un doble origen: o bien estaba dada como una consecuencia histórica -la casa era una superposición “infinita” de marcas del pasado-; o bien se conseguía mediante un único gesto, el de un Proyecto. En la formación metropolitana lo primero resulta imposible y lo segundo es inalcanzable para la mayoría absoluta de sus habitantes. La población metropolitana debe optar continuamente frente a una oferta de objetos que ya no poseen ni la unidad que está dada por el Proyecto, ni la que es transmitida “humanamente” por las cadenas del trabajo artesanal y de la herencia familiar. El eclecticismo es una consecuencia de esa producción y un dato ineludible en la construcción del “hogar moderno” cuyo interior fue construyéndose como alternativo

⁶¹ Leune Demailly: Ob. Cit.

entre el ascetismo que daba continuidad a los impulsos homogeneizantes, y el puro exhibicionismo espontáneo, mediante la idea de la “gracia”.

La primera de las dos posibilidades suponía una sumisión a la homogeneización que era inadecuada pero también humanamente inconcebible. Como toda respuesta absoluta, el “aristocrático despojamiento” era inestable y no podía responder con facilidad al empleo de los ahorros en el consumo de los mismos elementos que el sistema poco a poco comenzaba a producir. Si por un lado podía parecer lógica para ciertas ópticas políticas o ideológicas, o para los intereses vinculados a la especulación inmobiliaria, la consigna del ahorro resultaba contradictoria con el desarrollo de la incipiente industria de alimentos, textiles y bienes domésticos que caracterizaba al Argentina.

Los postulados de sobriedad y ascetismo, el “lujo del obrero”, permitían una suerte de elegancia fácil, al alcance de quienes no tenían dominio alguno sobre los sistemas estéticos consagrados. Jorge Luis Borges se refería con ironía a esta flaqueza denunciando la arquitectura de “los reticentes cajoncitos de Virasoro, que para no delatar el íntimo mal gusto se esconde en la pelada abstención”. Al final del período replicarán los magazines: “En años anteriores la tendencia a la decoración se inclinaba hacia las superficies lisas. En una forma perezosa de decoración”.

A diferencia de lo que irá advirtiéndose en las revistas, los manuales seguían asegurando la legitimidad de esa estética de lo simple: “es un error creer que la multiplicidad de necesidades superfluas es un signo de cultura. El bárbaro se preocupa más de adquirir plumas y pendientes que de construirse una choza. (...) Una buena ama de casa ahorra en el adorno inútil y en las necesidades superfluas para tener las habitaciones necesarias”. Hemos visto ya censurar a las jóvenes obreras por sus cintas de colores y por sus adornos de “mal gusto”. Pero ¿no eran estas exhibiciones un medio de los nuevos sectores populares para apropiarse del espacio urbano? ¿No corría paralelo a la expansión de la industria textil una uniformización de los vestidos que si era por un lado un medio de dejar atrás los particularismos regionales o campesinos, también inducía a la búsqueda de nuevos rasgos de diferenciación, ahora individuales?. Ya no tan sencillo “distinguir en la calle la blusa del obrero, la vestimenta negra del magistrado, el cuello del empleado”. El traje y el sombrero de masas eliminaron marcas colectivas y abrieron la fantasía de la personalidad indumentaria.

La misma que, como bien han observado Alain Corbin y Michelle Perrot, “para la joven obrera, equivale a asumir los nuevos refinamientos de la seducción femenina, aceptar el juego del botín, del pañuelo perfumado, del seno erguido, adoptar una nueva actitud. Equivale también a imponerse el obsesivo aprendizaje de un saber de compra: en definitiva, a reconocer los nuevos tiempos del consumo”.

Los manuales podían alertar contra el deseo de “vivienda bien ubicada, amplia y hermosa, mobiliario especial, mesa opíparamente servida, vestido lujoso, joyas espléndidas, espectáculos, deportes, viajes y veraniegos costosos, etcétera”. Ese deseo de “percal” que llevaba al “mal paso” de la costurerita. Pero en la segunda década del siglo la alternativa que proponían no se correspondía con la capacidad de ahorro que según autores como Cortés Conde era posible para amplios sectores. Se decía que “si nos resolvemos a hacer vida sencilla y modesta nos bastarán la vivienda sana y cómoda, la mesa bien servida, el vestido decente, las diversiones baratas”. Pero las jóvenes parecían no aceptar lo inevitable de tales opciones extremas. Y su protesta se expresaba en la novela semanal analizada por Sarlo. Recordemos el rezongo de una de esas madres: “No da pena que una hija así tenga que verse fregando platos como una maritornes?... ¡Realmente no hay derecho para que se vea entregada a tan humildes labores está niña, que es una preciosidad!”.

El tedio, la aridez, las extremas limitaciones de esa domesticidad ideal que los manuales proponían solo se adornaban con un amor no menos idealizado, y con las tibiezas burguesas de la “tranquilidad de espíritu y la alegría del corazón”, como si el “temporal” externo actuará sólo expulsando decir a los individuos y no atrayéndolos con propuestas de innumerables posibilidades para su desarrollo.

E IGNORANDO EL DESEO

Frente a ese ascetismo improbable fueron construyéndose otros sistemas de valores y representaciones más complejos en las que se componían la inestabilidad, las dudas, los deseos y las inquietudes desencadenados por el proceso real. Es en este nuevo espacio donde fue con produciéndose la idea de la “gracia”. ¿En qué consiste tal atributo? Frente a la belleza como cualidad fuerte del sistema de estilos, la gracia se presenta como una suerte de cualidad de que se corresponde con el moderno sistema del

bricolage. Para la mujer la gracia es la cualidad ubicua por excelencia. Es la gracia lo que le permite soportar situaciones indeseables o difíciles. Es con gracia cómo deberá manejar la dialéctica del mostrar-ocultar de las cosas que construyen la personalidad de su casa.

La gracia es el don que permite a la mujer no tener que optar entre “vivir en una habitación transformada en museo” con cuadros y antigüedades de valor, o bien en “cocinas (que) tengan aspecto de cuarto de operaciones”. Cualidad impotente frente a la indigencia extrema, e impropia dentro de los grandes sistemas de valor artístico, la gracia identifica a la mujer de los nuevos sectores sociales emergentes; como leemos en Caras y Caretas, “de los detalles estéticos en el hogar sólo se preocupa la mujer de la clase media, porque las mimadas por la fortuna pasan gran tiempo fuera de su casa, y lo confían al tapicero”⁶².

“Hace tiempo que la simetría severa e inquebrantable ha sustituido una amable libertad (...) lo imprevisto, lo gracioso e ingeniosos ha sustituido a lo severo, lo correcto y lo impuesto”⁶³: la gracia se constituye en el exterior de los sistemas estéticos tradicionales. E insta además la solución mediadora: “¿por qué no mezclar las telas suntuosas, dionas de los maestros venecianos, sobre divanes modernos? ¿Por qué no salpicar la instalación cómoda e higiénica de actualidad con alguna antigualla fina, con un mueble de estilo, para recrear la vista amante de lo bello?”. La gracia y el gusto de la mujer moderna están en su capacidad de armonización, de reinventar para la intimidad doméstica la unidad que se ha perdido en el temporal de la modernización. Obviamente, la habitación popular está lejos de enfrentarse a los problemas de la “antigualla fina”. Pero “aún cuando los elementos de que se disponga sean pocos, se pueden lograr efectos hermosísimos si se sabe combinar los colores en forma adecuada”. A la postre, “la mujer amante del hogar hallará medios sin fin para embellecerlo, sin incurrir en gastos exagerados”. Sin gastos exagerados y con la posibilidad de imaginar a partir del dominio o la posesión de una cualidad etérea la constitución de un sistema estético independiente de las normas de las elites. “La mayoría de las personas -se asegura- se han convencido de que no se puede ser de la clase media y elegante, sin tratar de igualarse con el potentado”⁶⁴.

⁶² Appleton, Ob. Cit.

⁶³ “La alcoba”, en EH, 14.9.07

⁶⁴ Zamalois, Eduardo; “Páginas infantiles y Cocinitas” en PBT, N°128, 1907.

Gracia, gusto, parecen funcionar como sinónimos. “Es obligación también para la mujer tratar de hacer su interior agradable, reuniendo en él todo lo que sea necesario. Las cosas más sencillas pueden ser bien elegidas y dispuestas con gusto. Se deben evitar las notas discordantes tales como la vecindad de un objeto de lujo con uno de pacotilla. Es necesario que un interior tenga conjunto. Una mujer puede tomar sólo una sala modesta amueblada con muebles antiguos y usados, si sabe disponer esos viejos muebles con gusto y arte, si hace esa misma algunos adornos, almohadones, tapices, carpetas, pantallas, si pone algunas plantas bien cuidadas, la sala a pesar de sus viejos muebles será agradable y su marido y sus hijos permanecerán allí con mayor frecuencia”.

En esta última cita aparece otra importante clave: la huella irrepetible, el “toque”. “El hogar propio posee una atmósfera especial, y sea suntuoso o modesto nos parecerá encantador en todo (...) evitemos para adornarlo la vulgaridad de los muebles fabricados por series y cuya uniformidad fatigada vista. Adornémoslo con arte, y para esto es preciso también darle una nota personal, imprevista”⁶⁵. De esta forma, el disvalor de la falta de homogeneidad en los enseres se transforma en un valor, y lo mismo ocurre con la imposibilidad de comprar desde el primer momento todos los muebles necesarios para la nueva casa. Con lo cual el tiempo transcurrido en el lento y dificultoso acceso a los enseres se propone también como un capitel estético del que habrá que enorgullecerse, puesto que una casa “amueblada de golpe (es) más fría e impersonal”, y carecerá del “encanto sutil”⁶⁶ de la que ha demorado una porción de vida en constituirse.

Por eso las “labores” parecen cumplir varias funciones. Tienen una finalidad práctica. Especialmente en las primeras décadas de la modernización suplen en el hogar las carencias de una oferta masiva de ropa y lencería. Sirven luego para aportar marcas de identidad. Y todo a lo largo del proceso tienen un rol sedante, le agregan un simulacro de creatividad que se intercala en la rutina doméstica, en su “regularidad casi mecánica”. ¿Qué otro fin tiene el bordado que ocupa la mayor parte de algunos manuales de fin de siglo?. En las elecciones que publica Caras y Caretas se cita a propósito de estas funciones a Fenelón: “O donde el arte agrega al trabajo un poco de placer”. De Madame de Maintenon se transcribe que “nada más necesario para las

⁶⁵ “El adorno de las camas”; PT, N°11, 1922.

⁶⁶ Leune Demailly, Appleton, Araoz Alfaro, Beraud, CyC, 6.4.1901: PBT N° 26, 1905; EH 15.4.1906.

personas de nuestro sexo que amar el trabajo manual. Calma las pasiones, ocupa el espíritu, aleja los malos pensamientos”.

Los manuales, la escuela, los magazines entrenan así a las amas de casa en la fabricación de algunos objetos útiles y de un cúmulo infinito de tareas cuya finalidad es perfectamente superflua. A sus funciones tradicionales de mucama, cocinera, niñera, enfermera, costurera, maestra y planchadora, la mujer agregará de este modo nuevas cualidades de carpintería, pintora, electricista, tapicería y mecánica: “una mano hábil puede sacar partido de trastos viejos, embelleciéndolos, transformándolos y dándoles un sello de elegancia y confort”⁶⁷. Así, siempre que se trate de “un trabajo tan sencillo que podría hasta aprehenderlo una mujer”⁶⁸, se presume que “cualquier mujercita habilidosa”⁶⁹ aprenderá a fabricar una butaca a partir de una tinaja y tablas, muebles para el bebé, bibliotecas y asientos con cajones usado, maceteros con viejas mesas de luz, o roperos con una madera, ganchos y una tela⁷⁰. Pero la atención principal de libros y magazines está dedicada a los visillos, pasamanos, guantes, puntillas, cajas, tapices, carpetas, esteras, volados y fundas que van construyendo de a poco ese universo vaporoso en el que brillarán dos estrellas mayores: cortinas y almohadones⁷¹.

Operando sobre la multitud de objetos disponibles en el mercado y sobre estas labores, la gracia cambia la estructura tradicional de la valoración estética, y se funda sobre el principio de que “en una casa la cultura artística de sus dueños se revela en los detalles”⁷². Con este principio estalla la valoración sistémica que tiene en cuenta al conjunto de los componentes del juego, y con ese estallido se abandona el postulado de relación y reflejo de la parte en el todo. Esa nueva estética doméstica no sólo prescindirá de las relaciones tradicionales entre formas sino que se desentenderá radicalmente de toda relación entre éstas y sus contenidos. “Antes -se dice- había que ser purista, so pena de ser considerado persona de mal gusto”, pero amueblar mediante “un juego completo de un periodo, con sus accesorios correctos, produce un efecto monótono, falta de vida (...): la gente ha comprendido que sin variedad, la habitación carece de

⁶⁷ Bassi, 1920.

⁶⁸ El home: arreglo y elegancia. El cuarto de los niños; EH, 30.4.1906.

⁶⁹ “La habitación del niño”, EH, 25.5.1922.

⁷⁰ La habitación principal de una casa; PT, 23.5.1922.

⁷¹ Cfr.: CyC PLF 10.8.1908 un “dormitorio art nouveau para niño”, EH 28.5.1915 “Habitaciones infantiles y su decoración artística”, EH 25.2.1916 “La habitación del niño”, EH 12.10.1917 “El arte en el hogar”, “Muebles y juguetes para los niños”, EH 18.8.1916, “La habitación de la señorita”, PT 30.5.1922 “El dormitorio de Anita” PT 19.12.1922, “Habitaciones para jovencitas y muchachos”, PT 26.12.1922, “El reino de los niños”

⁷² “La niñez y el amor al hogar”, en PT 10.3.1925.

encanto o de personalidad”⁷³. Como lo anuncia con toda claridad Etienne Rey, una de las pocas autoras conocidas de estos trabajos, “ahora los interiores son coquetos, cambiantes, sombreados, pero sin estilo propio. Así son las almas, frívolas, incoherentes, y sin embargo encantadoras”⁷⁴.

Ahora bien, si en la casa o en la habitación pueden coexistir no solo elementos de estilos diversos, sino piezas antiguas y modernas, industriales o de manufactura casera: ¿cómo evitar el tan temido efecto del desorden?.

La primera observación que debemos hacer es que hacia finales del período comienza a operarse un viraje por el cual, en la medida en que se identifica con la “personalidad”, cierto “desorden” pasa a considerarse como un valor. No es aún un topos frecuente, pero en junio de 1927 puede leerse en Para Tí: “un detalle interesante y que hará formar una idea muy favorable con respecto a los puntos refinados del ama de casa es el estantito donde ésta habrá colocado en ordenado desorden hasta una docena de libros, en los que predominarán los poetas”. Y en julio, de forma más explícita: “no sea demasiado ordenada, ni cuide siempre que todo permanezca en orden. Un libro sobre una mesa, una revista abierta sobre otra darán la impresión de vida, de estar habitado; en vez de que todo parezca decir: “no toque nada por favor; deje todo en perfecto orden ¿no cree que todo se acaba de acomodar y limpiar?””.

Pero este cuidadoso desorden no constituye todavía la consigna principal. La táctica de amalgama que más se difunde y mejor funciona es la de la construcción del “rincón”.

Bachelard ha dicho sobre esta íntima geometría que, “todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad, es decir, el germen de un cuarto, el germen de una casa”. Es cierto, pero estos rincones de nuestro caso, que se arman como diminutos conjuntos de muebles y adornos ¿no abren la empírica realidad de la casa que habitan a otras moradas, las del ensueño, la imaginación y el deseo?. Del mismo modo en que los tratados de arquitectura tradicionales la atención está puesta sobre las reglas que rigen la composición, en los

⁷³ En EH 11.12.1914.

⁷⁴ Algunas notas sobre estos nuevos sujetos son: “Cuando se vive sola” PT 1.2.1927; “Como se arreglan piezas pequeñas para una persona sola”; PT 8.5.1923, “Habitaciones para hombres”, PT 27.2.1923; “Modelo de casita de campo” (de un ambiente, “para un modesto hombre de la clase media”), en EH 9.9.1927.

magazines se ilustran parcialidades, paredes, ángulos, detalles, pequeños conjuntos de objetos unidos por razones inexplicables y de los que importa muy poco su colocación en contextos. Toda la casa puede albergar sus rincones. A veces se construirá con ternura “un rinconcito que se grabará en la memoria de los niños y perdurará toda la vida”⁷⁵, y en otras ocasiones se deberá “arreglar un rincón coqueto que haga amar la casa y atraída hacia ella”⁷⁶. La preocupación por el rincón también se vincula con el proceso de concentración de las superficies: se trata de extraer el máximo de posibilidades al espacio, y para ello importa lo que ocurre bajo las escaleras, o la forma de utilizar los ángulos en una habitación. Por eso, “el aprovechamiento de una casa moderna, cuya capacidad no siempre colma todas las necesidades de una familia reclama de la mujer ingenio y gusto especial para sacar a todos los rincones el destino adecuado y el efecto decorativo que conviene”⁷⁷.

De todos modos, esos bricolajes de gran escala que son los interiores de las casas de los sectores medios de la sociedad se resisten todavía a exponer abiertamente su diversidad y sus carencias. Y dado que los “juegos de muebles” completos son inaccesibles para la mayoría, al menos en los primeros años del siglo se manifiestan ciertos pudores por conservar algunas formas de separación de las diversidades de cosas agrupadas que son los “rincones”. El mueble que materializa esta separación y a veces crea el rincón es el biombo.

Pero para referirnos al biombo debemos aludir a la dialéctica del mostra de ocultar que caracteriza a la casa moderna. Hablaremos de la mirada.

Ya estamos advirtiendo que no toda la casa es transparente, así como no todos sus recintos son o deben ser opacos. Puede hablarse de una gradación de opacidades que va desde el dormitorio principal y el baño hasta la sala, mientras que la cocina y los cuartos de los niños ocupan un nivel intermedio. Veremos más adelante como se constituye cada uno de esos ambientes y los muebles y objetos que lo pueblan. Nos interesa ahora advertir de que manera a partir del rechazo de las estéticas “fuertes” de la transparencia o los estilos se constituye con tales objetos un sutil juego de exhibición y disimulos.

⁷⁵ Cfr. Recalde, Héctor “Matrimonio civil y divorcio”, Buenos Aires, 1986.

⁷⁶ “Dormitorio”; 1870:0; 1890:32; 1912:45; 1926:91; 1933:0. “Habitación”; 1870:0; 1890:0; 1912:48; 1926:278; 1933:0. No se consideran aquí los “dormitorios” ofrecidos en bloques de 1 a 5.

⁷⁷ 1878: 51.915 habitantes de los conventillos a razón de 2,16 por pieza; 1883: 65.400 a 2,55; 1890: 94.723 a 2,51; 1904: 38.188 a 3,14 (Scobie).

¿Qué se muestra?: Los bienes preciados, el linaje, la cultura, los modales.

Mitad vidrio, mitad madera, hay muebles que cumplen ambas funciones. La sala es, como veremos, el reservorio para estos objetos, frágiles, alterables por el sol o los malos tratos, irremplazables. La sala es el “cofre del tesoro” de la casa, y por eso permanece al margen de los circuitos de la vida cotidiana. Como en el “cofre del tesoro” sus gemas se conservan ocultas todos los días para los propios propietarios, y se exhiben en ocasión de la fiesta o de la visita. No es de buena educación que la actitud del invitado haga evidente ese carácter excepcional. Discretamente, éste deberá abstenerse de fijar “la mirada en los muebles, cuadros otros objetos”⁷⁸ que se le presenten.

Si se lo posee en alguna proporción, el linaje se manifiesta por la cualidad de las “antiguallas” que se heredan y por los retratos de familia. Pero lo que desde muy temprano más se recomienda es denotar la riqueza espiritual de los habitantes: algunos proponen tener a mano “libros morales e instructivos, periódicos donde se hace despoblación, cultura, adelanto generales, descubrimientos”⁷⁹; otros fomentan la presencia de libros con dibujos -una suerte de antecedentes de nuestros contemporáneos coffee table books- que además “sirven para entretener a las visitas y dar elemento a las conversaciones”⁸⁰. Pueden tenerse “a la vista” labores “perfiles” -como paragüeros, almohadones, o esas pequeñas porciones de naturaleza domesticada que son los arreglos florales, pero jamás baratijas de mercado o, como ya dijimos, malas reproducciones. Los modales se muestran en las ceremonias de recibo y muy especialmente en la mesa. Ya volveremos a ellos cuando analicemos con mayor detalle la sala y el comedor.

Más fascinantes, algunas veces perversos, y otras patéticos, son el universo y los modos de lo oculto. En un extremo de ese ocultamiento está la existencia misma de los

⁷⁸ “De familia”: 118; “Decentes”: 35; “Para extranjero”: 13; “Casa matrimonio”: 14; “Casa honorable”: 15; “Familia limpia y buena”: 2; “Familia francesa”: 24; “Casa tranquila”: 40; “Familia respetable”: 16; “Corta familia”: 32.

⁷⁹ Cfr. “Como se transforma un dormitorio en salita” en PT 4.10.1927.

⁸⁰ EH “Una cama divan”, 30.1.1910. Otras notas sobre estos mecanismos: EH 26.2.1913 “Nuevos muebles para casas modernas” (con dibujos satíricos de muebles divididos por la mitad, camas suspendidas en el aire, etc. para las “nuevas habitaciones cada vez más chicas”); CyC LMLC 10.6.1916 mesita plegable; CyC 12.1.1918 “Tres muebles en uno” (mesa y alacena para comidas de campo); PT 25.8.1925 “El arte de economizar espacio” (Ideas para casas chicas: mesas plegables, camas que se convierten en divanes, armarios, biombos, costurero portátil; cajones divanes con almohadones para sentarse; muebles aparadores bajo ventana: puertas corredizas); FI 4.1.1926 “Para la casa de campo. Como puede ocultarse las camas plegadizas” (como “hacerlas aparecer como un mueble elegante y lleno de atractivo, tras una cortina, enmarcada por una biblioteca); FI 15.2.1926 “Comodidad, economía, utilidad” (distintos mecanismos para ahorrar espacio: cama doble que se abre o se mete una en otra a voluntad; aparato para guardar los cepillos, la pala y demás enseres de limpieza; mesa cama combinada que estando abierta resulta una cama con la cabecera formada por la mesa).

muros que conforman las habitaciones. Pero a esos diafragmas inmóviles deben sumarse los de las pequeñas pantallas y telas móviles (muebles) que diafragman los modos de mirar las cosas. Es verdad que esos tabiques impiden la acumulación de polvo, hollines o microbios sobre vajilla, ropas y lencería, pero su existencia también depende del grado de porosidad de los cuartos ante la mirada extraña.

Por ejemplo: como el dormitorio finisecular es un recinto que funciona a la vez como sala íntima, debe preverse un biombo para ocultar el palanganero, la escupidera o “cualquier otra cosa”⁸¹ de presencia desagradable. Más adelante todavía se sugiere recurrir a biombos o cortinitas en algunos casos particulares; como elementos de ocultamiento veloz y sencillo de las desprolijidades de la *garçonnerie*⁸², o de un lavatorio cuando se quiere transformar un dormitorio en sala⁸³. Y la prevención se instala con fuerza en el casi “transparente” cuarto de los niños (tema que retomaremos más adelante) donde se recomienda armar un “roperito con una cortina para esconder los objetos de la toilette diaria”⁸⁴.

Pero la ropa, los trastos, y en general todo tipo de restos sucios o que dejan a la luz los descontroles de la intimidad conforman sólo el grupo más evidente de lo que deberá ser protegido de la visión externa. En otro grupo están los signos de la pobreza o del descrédito social. La cama plegable⁸⁵ que es cubierta por una cortina, o el ropero⁸⁶ o la estufa⁸⁷ que se instalan detrás del biombo salvador son elementos que si se exhibieran delataría las dimensiones mínimas de la vivienda y con ella de los recursos de su dueño. En este caso estos diafragmas más actúan como una tachadura, como una extrema medida de economía discursiva que hace enigmática a la forma de ese habitar. ¿Y no es una tachadura similar la eliminación de la ropa blanca a la vista que comporta la prohibición municipal de que los lavaderos se expongan a la calle? Que a pesar de esa prohibición se exhiban con frecuencia calzoncillos y enaguas que irrita a la autora de la crónica que Caras y Caretas publica a fines del período: “cuando lo vemos en las callejuelas de los barrios pobres, nada nos choca, porque comprendemos que esa decoración es un complemento del paisaje del medio. Pero en pleno centro, departamentos caros y solicitados, debemos flamear la ropa lavada, nos sentimos

⁸¹ “Ajuares condensados”, en EH 1.4.1921

⁸² “Economía Doméstica”, en EH, 12.11.1913

⁸³ “Todo un guardarropa en un solo mueble”; en FI 21.9.1925.

⁸⁴ “La mujer en el hogar”; en EH 15.8.1910.

⁸⁵ “El hogar moderno: como arreglar una casa de campo”; en EH 9.11.1910.

⁸⁶ “Las camas”; en PT 23.9.1924.

⁸⁷ En PT; 17.5.1927.

incómodos y fuera de lugar”⁸⁸. Tan fuerte es la cancelación que muchos de los edificios nuevos que se construyen eliminan, lisa y llanamente, el lavadero.

El biombo oculta por pudor o por vergüenza, pero también separa un segmento de la habitación dentro del todo. Y si en los primeros casos arroja sombras, en el segundo ilumina con suavidad un conjunto o una situación que se desea destacar. No tacha sino que subraya. Infinidad de ejemplos gráficos de “rincones” se recortan sobre biombos de tela, pintados, de todas las maderas y de todos los estilos. En Femenil se publica una detallada elección sobre las virtudes múltiples de este pequeño y lábil recurso escénico: “este es un inmueble, puede decirse esencialmente femenino”, cuyas lujosas inversiones chinas originales están “reservadas a gentes muy ricas y que necesitan achicar dimensiones en departamentos suntuosos, inmensos (...) Con ellos ocultamos los viejos muros de las antiguas residencias y con ellos formamos más de una vez un rinconcito apartado del bullicio y de la vista de los demás, donde pueden refugiarse amorosamente la bella”. También “hay biombos que bien podríamos llamar “íntimos” porque han sido testigos de nuestras conversaciones en voz baja”⁸⁹.

Por último debemos tratar esa forma más sutil del ocultamiento que es el disimulo. En este caso la consigna será “recurrir al ingenio de ocultamiento que engaña pero que es útil”⁹⁰. Y se disimula sobre todo la falta de recursos generando dos tipos de ficciones: la ilusión del espacio, y el dominio del tiempo.

La ilusión del espacio es una táctica dirigida a disimular las dimensiones pequeñas a las que se van reduciendo casas y departamentos, para lo que se despliega toda una batería de recursos “decorativos”. La primera recomendación, obvia, es la de reducir el número de objetos, y se la encuentra en los textos de los primeros años del siglo. El Hogar postula ya en 1908: pocos muebles y bien espaciados “dando la ilusión de espacio y claridad”. Pero de esta recomendación pronto se pasa a sugerencias más sofisticadas. La de las características de los empapelados, por ejemplo, que deben descartar los dibujos de gran tamaño, o apelar a las líneas paralelas verticales en habitaciones de baja altura⁹¹; la del tratamiento de los colores, que deben ser claros y

⁸⁸ Cfr. “Sección para la familia”; en CyC 4.5.1907.

⁸⁹ Cfr. Arcelli

⁹⁰ “Para embellecer el hogar: cortinados”, en EH 15.9.1908. Cfr. También “La mujer en el hogar”; PT, 15.8.1910.

⁹¹ “Para la dueña de casa: las cortinajes”, PT; 6.10.1925.

evitar los contrastes excesivos⁹²; la de la distribución de los cuadros o fotografías sobre los muros para darles aires de amplitud⁹³. ¿Y la ilusión creada por la réplica?: No sólo se instala discreta en los inferiores; se llega incluso a proponer la “colocación de espejos ingeniosamente para reflejar los senderos y así hacer aparecer como grande un jardín pequeño”⁹⁴.

El paso del tiempo sobre los enseres genera respuestas más complejas. Una de ellas instaura sobre lo viejo una censura separándolo de lo antiguo. Viejo no es sólo usado, sino aquello que proviene de un tiempo relativamente reciente. Más allá de esa barrera, al menos un siglo atrás⁹⁵, comienza la antigüedad. Así definido, se trata de un atributo que en la Argentina puede obtenerse o bien en aquello que se importa de Europa a un altísimo precio, o bien en aquello que se agrega y denota una vinculación con el patriciado. La antigüedad actúa en este caso como un signo de distinción social, y este sello comienza a dibujarse en paralelo con la difusión del mobiliario industrial de masas. En la última década de nuestro período comienza entonces a convenirse en que “los muebles modernos (...) son generalmente menos durables y menos interesantes”⁹⁶. Es más, se postula que “las más hermosas salas que hemos conocido han sido arregladas por sucesivas generaciones”⁹⁷.

Esta separación del antiguo y lo viejo remite a la mayoría a aceptar lisa y llanamente lo nuevo, pero se trata de una aceptación conflictiva -la examinaremos más adelante- porque no resuelve el problema del tiempo: cuando los años hayan desgastado esa novedad, ¿habrá que cambiar otra vez o se deberá habitar en medio de trastos “viejos”?

En este espacio el conflicto pueden observarse dos alternativas. Una consiste en una transformación que se opera en el campo de los valores. Entre lo “antiguo” y lo “viejo” se cuele así la nueva categoría de lo “rústico”, que refiere a productos de elaboración elemental. Se trata, es sabido, de un concepto que recorre toda la historia de la arquitectura occidental; desde Roma al menos, la composición mediante materiales sin tratar forma parte del imaginario de la edificación, habiendo tenido picos de interés a finales del siglo XVIII y más tarde en fusión con el pintoresquismo romántico. En la

⁹² “Decoración del siglo XX”; PT, 13.11.1928.

⁹³ En PT, 19.12.1922.

⁹⁴ Cfr. El Nacional, 30.3.1970

⁹⁵ Appleton, 1888.

⁹⁶ “Páginas infantiles”; CyC N°120; 1907.

⁹⁷ Appleton, 1888.

arquitectura argentina el rústico no tuvo manifestaciones relevantes. Algún interés por la “rocaille” comenzó a caracterizar las construcciones que acompañaron los nuevos parques impulsados por el intendente Alvear, pero recién en torno a 1910 podemos detectar una puesta en valor de los enseres o ambientes excéntricos respecto de los sistemas estilísticos normados. La idea de lo rústico está asociada a lo sencillo, no elaborado y se corresponde con un ambiente rural. Es notable que si bien las elites constituyen un sistema de habitaciones veraniegas, durante las dos últimas décadas del siglo XIX, la valoración de la “casa de campo” y de sus características “otras” - sencillas, rústicas- comienza tardíamente, recién en la segunda o tercera década del nuevo siglo, cuando lo que se está operando es la construcción de la periferia urbana⁹⁸. La aparición de esta categoría ambigua de enseres, ni antiguos ni viejos y nuevos, es funcional a ese proceso de suburbanización. Se llega de este modo a admitir que “es muy común creer que el inmueble cuando es humilde y hecho de materiales pobres es difícilmente decorativo y esto es un error”⁹⁹, o a destacar la “encantadora sencillez que caracteriza la decoración rústica con que en algunos países, especialmente en Inglaterra, acostumbra a adornarse las viviendas”¹⁰⁰. No importa su calidad puesto que esos enseres “recuerdo de familia (...) les hablan muy bajito y evocan dulces sombras del pasado”¹⁰¹. De este modo la valoración de lo rústico permite la convivencia con los restos del pasado. Pero ligada al ambiente “campesino” se impone sus propios límites, inhabilitándose para disputar la construcción del escenario metropolitano. Transformar lo simple, usado o rústico en un valor constituye una forma de otorgar dignidad de visibilidad a lo que de otra forma debía ser ocultado. Pero o bien por que se deba tratar con materiales excesivamente degradados, o bien porque la condición metropolitana rechaza la apelación “ruralistas”, o simplemente por que no se adhiere al sistema general de representaciones al que pertenece lo rústico, el recurso más simple cuando se trata de esconder las cosas viejas consiste en cubrirlas de diferentes modos. Las fundas son la forma más brutal de esa cancelación. Enfundado, el objeto se enmascara o se transforma en una suerte de doble de sí mismo a la espera del acontecimiento que habrá de revelarlo. “No hay nada que dé más gusto a una buena dueña de casa, que tomar por su cuenta un sofá antiguo que sólo está bueno para regalárselo al basurero, hacerle una

⁹⁸ Nuestra casa: el estudio sala; EH, 24.5.1911 recomienda en cambio: “nada de retratos”.

⁹⁹ Benjamin, W.; Luis Felipe o el interior: en *Acerca de algunos motivos de Baudelaire* (En Angelus Novus – Ed. It.)1976.

¹⁰⁰ PBT N°11; 1904

¹⁰¹ Leune Demailly, 1885.

funda de cretona bonita y transformarlo en un mueble elegante y confortable”¹⁰², es la fórmula de una máscara. Para preservarlo en cambio, las fundas ponen al inmueble entre paréntesis muchas veces por largas temporadas generando una suspensión del tiempo. Puente entre la carpintería y la costura, los consejos sobre fabricación de fundas abundan a lo largo del período¹⁰³.

El camouflage aporta formas más sutiles del dominio del tiempo. Se puede por ejemplo transformar viejas mesitas de luz en maceteros¹⁰⁴ con distintas operaciones, o se reformarán todos los muebles simplemente pintándolos¹⁰⁵, o con poco esfuerzo se abra de “disimular un baúl convirtiéndolo en sofacito o en tocador”¹⁰⁶. Pero los consejos no se remiten a pequeños objetos de la casa sino a todos sus componentes: paredes cuyo empapelado se encuentra en mal estado¹⁰⁷, “como recuperar pisos antiguos pintándolos o agregando pequeñas alfombras”¹⁰⁸, o puertas que se aligeran incorporando paños vidriados¹⁰⁹.

El conjunto de atributos, formas de acción, y nuevos parámetros estéticos con que se manifiesta la gracia se condensan en una representación de la casa como totalidad que toma la forma del “home”. Registramos el empleo de la palabra en las publicaciones analizadas desde 1904. Etienne Rey aportó unos años después unas muy pertinentes reflexiones sobre ella. Por empezar constataba que “es raro que tengamos que emplear para una cosa tan familiar una expresión que no es nuestra”. A su juicio no era posible reemplazarla por “interior” puesto que su significado era más amplio. “El “home” -pensaba- proporciona orgullo y placer porque demuestra los propios gustos, caprichos, los descubrimientos en las mueblerías, remates y anticuarios, la elección de los colores y chucherías y también el arreglo, el cambio: un día nos gusta de un modo, al día siguiente no nos gusta”. Refugio de la privacidad y la individualidad frente al temporal metropolitano, el “home” tenía muebles y enseres, “Alma”. En el mundo externo del indiferente flujo de las mercancías, el “Alma” estaba condenada a perecer: “desde que se le empieza poner valor monetario a un mueble -reconocía la articulista-

¹⁰² Appleton, 1888.

¹⁰³ “Arreglo y elegancia: el comedor”. EH, 15.3.1906.

¹⁰⁴ Bassi, 1920.

¹⁰⁵ “Nuestra casa: el estudio sala”. EH, 25.5.1911.

¹⁰⁶ El Hogar Moderno. EH, 12.5.1911.

¹⁰⁷ Living room. PT, 26.10.1925.

¹⁰⁸ La sala antigua y la moderna. PT 7.9.1926.

¹⁰⁹ Cit. en Armstrong. Ob. Cit.

ya empieza a pertenecernos menos: ya no es más que un objeto de compra y venta”¹¹⁰. “Descubiertos”, creados por el propio gusto, esos muebles adquieren el mismo significado que los botones mencionados por Lou Andreas Salomé en “El tipo femenino”, que Massimo Cacciari identifica como representación de “la quintaesencia de aquello que “no es descartado sino recogido”, de lo inalienable, de lo no-equivalente. En este sentido el botón aparece como opuesto a la moneda: a la división, a la circulación, al intercambio opone el principio del secreto y de lo oculto”¹¹¹.

La difusión de la idea del “home” constituye una expresión de la influencia inglesa en la cultura argentina, considerada hasta ahora especialmente en relación con los grandes emprendimientos económicos e insuficientemente valorada por la historiografía. De este origen, aunque probablemente mediadas en parte a través de la cultura norteamericana, son las ideas de confort y la valoración del pequeño jardín doméstico que se articulan con la noción abarcadora del “home”.

Debe notarse en primer lugar que en torno a esta idea se conjugan formas y comportamientos que no pueden integrarse fácilmente a partir de las representaciones de la tradición clásica mediterránea. La tradición doméstica inglesa ofrece en cambio tales condiciones de flexibilidad compositiva, tratamiento de materiales, adecuación funcional, introspección familiar y sencillez de mobiliario, que lo constituyeron en un modelo para la transformación de la cultura doméstica en las áreas más avanzadas de occidente. Ejemplo de la importancia adquirida por esta tradición fue la acción de verdadero “espionaje industrial” llevada a cabo por Hermann Muthesius como attaché cultural de la embajada alemana en Londres, acción que dio lugar en 1904 a la publicación de su monumental “Das englische Haus” que constituyó la base de la renovación de la edificación doméstica de su país.

“La vida moderna”, una publicación de corta vida durante la primera década del siglo, era una propagandista de esta nueva concepción, y criticaba a los arquitectos porque se sometían a los estilos del pasado, sin advertir las “condiciones aceptables de elegancia, comodidad y atinada distribución”. “¿Qué goce proporciona un rico salón donde ninguno de la casa se atreve entrar y donde por lo general no se recibe a nadie?, se pregunta desde El Hogar, recomendando como alternativa las conveniencias del “home”, y con él de “una habitación alegre, sencilla, para reunir las familias y recibir

¹¹⁰ En Cárdenas, Laura Isabel; ob. Cit.

¹¹¹ Cfr. Cortés Conde, Roberto; Apéndice, cuadro N°10 en “El Progreso Argentino”; Buenos Aires, 1979.

visitas indistintamente”¹¹². El mejor modelo del “home” es, para “La vida moderna”, el cottage inglés, donde “lejos del mundanal ruido, apartado de la gran ciudad, el espíritu gozará con fruición de la serenidad del ambiente”¹¹³. En su segundo número PBT difunde las bondades de las “casas cómodas y baratas para obreros” construidas en Inglaterra¹¹⁴, y Caras y Caretas describe la casa inglesa en un artículo de 1908 en el que se destacan el gusto por los ejercicios físicos, la vida casera, la importancia de la chimenea como foco del interior y del a soleamiento de las habitaciones. En la reivindicación de “la gran inquietud en la concepción de la vida, de esa vida de hombre reposado, que ha dirigido los esfuerzos de la existencia en busca de paz para sí mismo, en vez del bullicio del mundo”, característica del mundo doméstico inglés puede leerse entre líneas una crítica al modelo mundano del “petit hotel” a la francesa o de las grandes mansiones tradicionales.

Con progresiva intensidad, el confort va imponiéndose como nueva regla determinante de la organización del “home” al que El Hogar hace sinónimo de “la casa moderna”, título con que encabeza una sección permanente a partir de 1913. ¿Cómo debe ser esa casa moderna? Lo sabemos desde 1906 y sus tres principales condiciones son: la distribución de las habitaciones y sus enseres en función de la comodidad y no del aparato representativo; higiene e iluminación adecuadas, especialmente de baños y cocinas; la existencia de espacios exteriores¹¹⁵. Más adelante -en 1918- se hará explícita la importancia de la habitación central que conoceremos luego como “living room”, esa “gran habitación que es a la vez hall, comedor y salón, con una puerta ventana sobre la florida terraza”¹¹⁶. En 1922, Para Tí postula que la casa debe estar de acuerdo con el carácter de quienes la habitan y que debe especialmente ofrecer comodidad: “la comodidad es esencial -leemos-, la casa debe ofrecer toda clase de comodidades y facilitar el curso de la vida”¹¹⁷.

Esta casa concentrada y cómoda, organizada en torno a un “living room” y de ambientes luminosos y funcionales -la casa moderna- es presentada en octubre y

¹¹² Cit. en Panettieri, José; “Los Trabajadores”; Buenos Aires, 1982 (reed.)

¹¹³ “El Home. Utensillos indispensables”, en EH, 15.7.1906.

¹¹⁴ Aviso en CyC; 30.11.1901.

¹¹⁵ Cfr. Liernur, Silvestri; El torbellino de la electrificación; en “El umbral de la metrópolis”; Buenos Aires, 1993.

¹¹⁶ Appleton, op. cit.

¹¹⁷ Lyford Carrie, Alberta; adaptación de sus “Veinte lecciones de economía doméstica” por la profesora Rita P. de Bertelli, de la Escuela Normal de la Universidad de Tucumán. En “Extensión Popular” Boletín N°23 de la Universidad de Tucumán; 11.5.1914.

noviembre de 1925¹¹⁸ por Femenil con numerosos detalles y dibujos en una serie de notas en las que toma como ejemplo pequeñas unidades de la costa normanda. El “home” es a este punto sinónimo de casa pequeña, que a fines del período llega a constituirse mediante una única habitación. Pero se ha encontrado finalmente una fórmula local para designarlo: “casita chiche”¹¹⁹.

Hemos analizado hasta aquí el proceso de constitución de la “casa moderna” como un bricolage organizado a partir de la idea de la gracia. Pero como es sabido, esta idea nunca fue legitimada culturalmente ni alcanzó el estatuto de una categoría estética. La nueva cultura de la casa fue una creación colectiva, sobre la que incidieron y de la que abrevaron como hemos estado observando las disciplinas más diversas. Sin embargo, por sus propias formas de producción esas nuevas ideas, modelos y prácticas no ocuparon la escena de la cultura doméstica con exclusividad. Las nociones tradicionales de unidad a partir del concepto de estilo continuaron vigentes, y las propuestas de ordenamiento estilístico coexistieron con la aparición de las nuevas formas de organizar los objetos y el funcionamiento doméstico. De todos modos puede observarse en los medios y a lo largo del período que ahora analizamos la forma en que los llamados “estilos históricos” fueron perdiendo centralidad, y como fue constituyéndose la idea de un “estilo moderno” que incorporaba elementos de los ya analizados, pero que se fundiría además con los criterios extraídos de otros sistemas estilísticos.

Manifestaciones acerca de la construcción de la casa moderna según las pautas de un “arte nuevo” se registran tempranamente en los magazines populares. En junio de 1901, *Caras y Caretas* comienza a hablar de este estilo que “a primera vista puede parecer demasiado sencillo, demasiado pobre a las personas a quienes agradan los adornos sobrecargados, la abundancia de muebles para tropezar con ellos y no saber como moverse en el interior de la casa; pero la gente de buen gusto lo alabara sin dudas”. Ya están presentes aquí in nuce algunas de las pautas que se afirmarán en las décadas posteriores: “mucho aire y mucha luz, (...) supresión poco menos que absoluta de las cortinas y alfombras que no son otra cosa que nidos de insectos de microbios

¹¹⁸ Cfr. Bertelli, Rita; ob.cit.

¹¹⁹ Everett, Ruth: “El arte de la cocina”, en EMEC 1.19, p.918, 1904.

(...), cualidades de franqueza y de apropiación de las formas a las necesidades”¹²⁰. Del comentario extraemos dos observaciones. Una, que al público masivo no llegaban exclusivamente las imágenes sino también los conceptos que orientaban la constitución de los nuevos sistemas formales. Dos, que el discurso sobre el “estilo nuevo” no era diferido sino simultáneo con el debate internacional.

Debe recordarse que su primera manifestación fue la casa Tassel (Bruselas) de Victor Horta en 1893, mientras que la mayoría de las obras más importantes se estaban construyendo en el momento en que se publica la nota. Si las de Otto Wagner (Viena) son de la segunda mitad de la década del '90, y las de Mackintosh (Glasgow) de 1898, las de Guimard (París) se llevaron a cabo en torno a 1900. Gaudí construyó la casa Batló (Barcelona) en 1906, mientras las Colonia de Artistas de Olbrich (Darmstadt) se inauguró precisamente en 1901.

Definir que se entendía por “estilo nuevo” no resulta menos difícil que establecer los elementos comunes entre las rigurosas geometrías de Mackintosh y el biomorfismo gaudiano. Ya en 1915, por ejemplo algunos afirmaban que “el “art nouveau” con sus imposibles retorcidos y su fragilidad ante artística ya pasó”, reivindicando el “estilo de hoy, severo, práctico y hermoso, (que) lo reemplaza con ventaja indiscutible, llenando perfectamente su doble fin ornamental y confortable”¹²¹. También ese año se dan a conocer los proyectos del profesor Wickop en Viena caracterizado por “un sentido práctico de que antes se carecía (...), tonos claros, llenos de luz (...), prácticas higiénicas” mediante los que “el hogar se hace confortable y lleno de comodidades”¹²². En el mismo registro, en 1916, se publicita el trabajo del barón Meyer “que hará envejecer rápidamente el art nouveau” con un estilo pleno de colorido, pero que “exige la sencillez, una costosa sencillez que es la clave de su buen gusto”¹²³.

La “simplicidad”, el “confort”, la paulatina eliminación de molduras y adornos parecen ser los elementos constantes en estas mutaciones. En vinculación con ellos la atención se desplaza hacia ámbitos estilísticos poco explorados en etapas anteriores. Acompañando el interés por el “home” que examinamos en el parágrafo anterior se difunden en primer lugar los estilos rústicos e “históricos” ingleses -que se recomiendan

¹²⁰ “Ciencias y artes domésticas”; EMEC V.18, p.3, 1903.

¹²¹ PBT, n° 128, 1907, “Páginas infantiles”, “Cocinitas”; Eduardo Zamalois.

¹²² Guillén, Clotilde; “Algunas observaciones sobre el funcionamiento de las clases de cocina”; en EMEC v. 23; p.182:1907.

¹²³ “La enseñanza práctica e industrial en la República Argentina” de J. B. Zubiaur (resúmen); en EMEC; V.23; pag.431; 1907.

“para mobiliarios prácticos pues es económico y al mismo tiempo de buen gusto”¹²⁴, y simultáneamente comienza a manifestarse interés por la producción norteamericana, bautizada rápidamente como el “estilo yanqui”¹²⁵. Con el interés puesto en la simplicidad, en la década del 20 hace su entrada también el “estilo japonés” con sus geometrías planas que “se prestan muy bien para arreglar un rincón de la sala O del escritorio sin mucho gasto”¹²⁶.

La exposición de artes decorativas de París de 1925 actúa como una suerte de condensador para estas búsquedas de simplificación del ambiente doméstico. Se advierte que esa simplificación hace la construcción fácil a los aficionados¹²⁷ y su producción en serie; y por primera vez comienza a difundirse la idea de una homologación entre la casa y la máquina¹²⁸. Esta representación por difusión internacional a partir de la consigna propagandizada desde 1924 por Le Corbusier quien definía a la casa como “máquina de habitar”. Especialmente bajo la influencia de la electrificación, la “maquinización” de su funcionamiento había comenzado mucho antes, pero esto no habilitaba aún a concebir la casa misma como formando parte de ese universo maquinista¹²⁹. Debe notarse que la legitimación de la idea de la casa-máquina no se produjo hasta que por los complejos motivos que analizamos la estética doméstica (especialmente mobiliario, aberturas y accesorios) se simplificó, replicando el universo formal maquinista.

Esta “casa moderna” será el modelo más difundido en la década siguiente. Simplificado al extremo de conducir a una “casa de cartón”, mero “problema de geometría”¹³⁰, el estilo moderno constituye una respuesta tranquilizadora a los conflictos y complicaciones a los que conduce el principio de la gracia. Basta analizar los infinitos e intrincados consejos con los que las distintas publicaciones tratan de guiar la coordinación de dimensiones, objetos, colores y materiales que constituyen el universo doméstico para comprender que el elemental “estilo moderno” podía constituir

¹²⁴ Spangenberg, Rence de; “Informe sobre Economía Doméstica en los Estados Unidos de Norte América”. Escuela Nacional de Agricultura de Casilda. Editado por la Sección de Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura de la República Argentina. Buenos Aires; 1925.

¹²⁵ “La cocina moderna” en: CyC, La Mujer y la Casa; 28.8.1915.

¹²⁶ “La originalidad en el arreglo de la cocina”; PT; 13.3.1923.

¹²⁷ “Para la dueña de casa. Como debe equiparse la cocina”; PT: 6.4.1926.

“Para la dueña de casa: el color de la cocina”; PT; 12.7.1927.

¹²⁸ Appleton; 1888.

¹²⁹ “El cuarto tocador”; EH; 30.1.1910; “El gabinete de toilette”; EH; 30.7.1913; Breviario femenino; EH; 30.7.1913; El arte del hogar, EH, 5.10.1917.

¹³⁰ Bassi, 1920. Cfr. También: Para la casa moderna; EH, 7.5.1926; y El cuarto de baño: PT; 16.8.1927.

para algunos un sencillo modelo de ordenamiento¹³¹. Pero puede sospecharse también que los recursos de la gracia permitieron a la mayoría consumir de manera ecléctica los productos de un mundo formal descentrado y habitar en la ilusión de “ser moderno” sintiéndose a la vez únicos, sin disolverse en la anomia metropolitana. Ni tan transparente como al poder le hubiera convenido, ni tan opaca como para preservarse como nido para vuelos nunca pensados, la casa moderna seguirá siendo en las décadas posteriores un dispositivo en transformación.

¹³¹ El baño y la estética; CyC; 24.12.1917; EH 31.7.1925; El cuarto de baño”, PT 16.8.1927